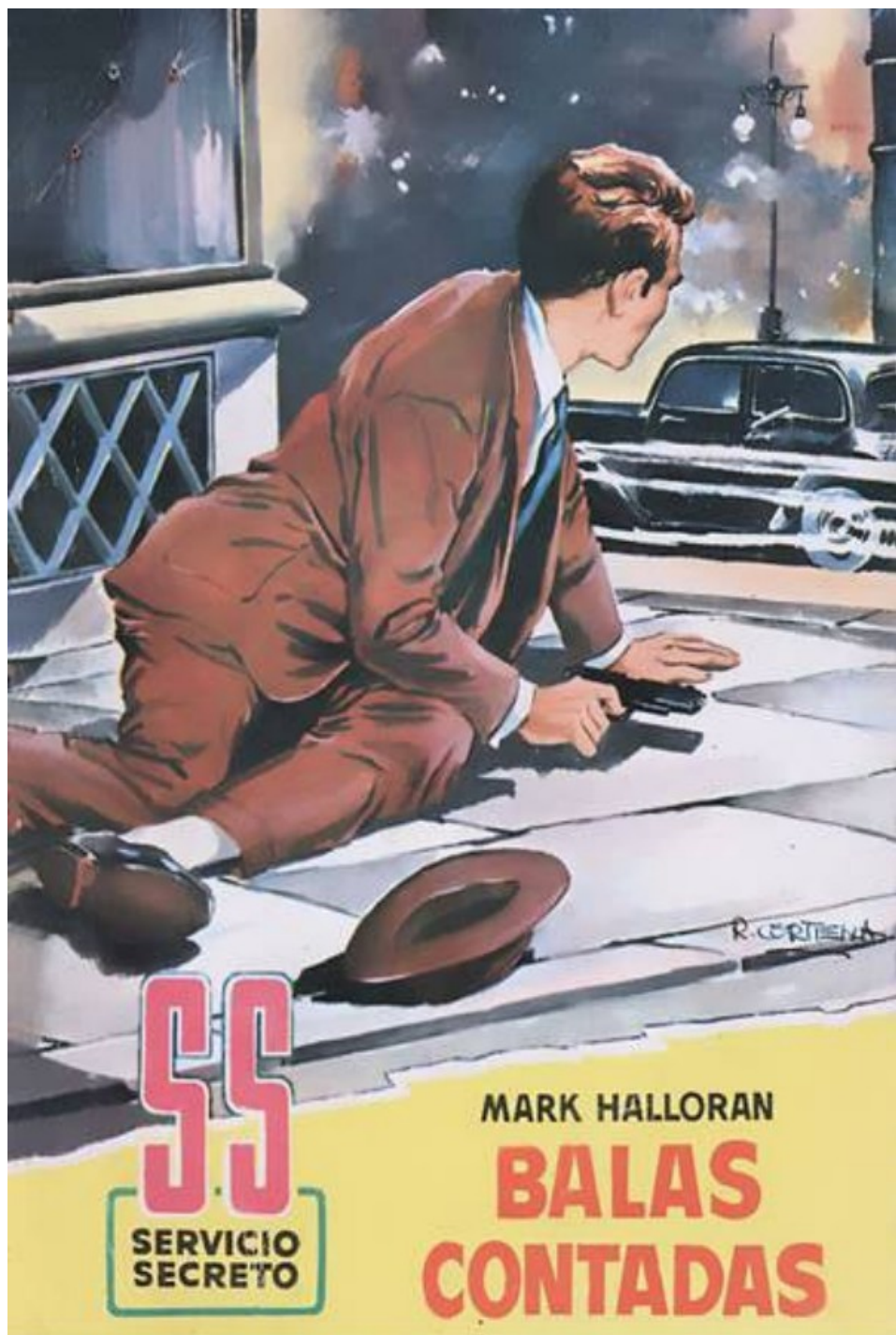




**SS**

**SERVICIO  
SECRETO**

MARK HALLORAN  
**BALAS  
CONTADAS**

# **BALAS CONTADAS**

**SS Nº 509**

Autor: Mark Halloran

UUID: a12f52f4-11d9-4c1b-b521-54b19bade399

Generado con: QualityEbook v0.78

# CAPÍTULO PRIMERO

BRAND preguntó a media voz:

—¿Está usted ahí, Hansen?

No obtuvo respuesta.

Había alguien en la habitación, pese a que ahora guardara silencio. Seguro. Brand le había oído moverse momentos antes.

—¿Está usted ahí?

No contestaba. Hubiera sido una casualidad que se tratara del propio Hansen. Un golpe de suerte extraordinario. Brand había acudido a la casa con el convencimiento de que no volvería a ver a Hansen nunca más.

Se maldijo por no llevar armas, pero era ya tarde para remediar el error. Y la situación no podía en manera alguna prolongarse.

La habitación donde había oído el rumor de movimiento se hallaba a oscuras. Donde él se encontraba, en la sala de estar, ardían las luces que él mismo había encendido. Esto le colocaba en situación desventajosa si la persona oculta en la habitación pretendía atacarle.

Avanzó hasta la puerta.

—Salga, sea usted quien esa. Salga y hablemos.

Nada.

La puerta estaba entreabierta. Pensó que acaso pudiera introducir la mano por la abertura, dar con el interruptor y encender la luz.

Lo intentó.

Entonces comenzaron a ocurrir cosas.

El fogonazo, el sordo plop y el zumbido de la hala fueron prácticamente simultáneos. Brand saltó a un lado para salir del hueco de la puerta, comprendiendo que un verdadero milagro acababa de salvarle la vida. Había sentido en la frente el escalofriante soplido del proyectil. Dos, tres centímetros, y éste le habría perforado la cabeza.

Había apenas saltado hacia atrás cuando la puerta terminó de abrirse y dio paso a un hombre. Corría ligeramente agachado. Su intención, se veía enseguida, no era luchar, sino huir. Probablemente se habría sentido en la habitación como atrapado en una ratonera y ahora no pensaba sino en la fuga.

Brand se lanzó en plancha contra él, abrazóse a sus piernas y le derribó. El hombre pronunció un juramento en francés. Él y Brand, enzarzados, rodaron por el suelo unos momentos, chocaron contra una, butaca estilo Luis XV y volcaron una mesita sobre la que había un cenicero de porcelana, que se hizo añicos. La pistola con silenciador que el hombre empuñaba dejó oír un nuevo plop, pero la bala se perdió sin causar daño. Brand atenazaba furiosamente la mano armada de su enemigo.

Este, sin embargo, se hallaba muy lejos de dejarse dominar. Era fuerte, recio, macizo como un tronco de árbol. Brand notaba cómo se hinchaban sus músculos. Un instante antes de que ocurriera, comprendió que el hombre se le escaparía. Luchó con desesperación. Ensayó una presa. Descargó un golpe.

El hombre sabía defenderse. Aunque con grandes dificultades, logró liberar su mano armada. No disparó porque no tuvo tiempo. Pegó. Brand recibió un culatazo en la cara. Durante un par de segundos sus facultades estuvieron, no anuladas, pero sí disminuidas. Hubiera podido evitar que el hombre disparase si éste hubiese intentado aprovechar la ocasión. No lo intentó: seguía pensando solamente en huir. Eludió la presa de Brand retorciéndose ágilmente, se puso en pie y abandonó la sala de estar.

Brand oyó el ruido de la puerta exterior al cerrarse. Ya sin prisa, sentado en el suelo, sacudió la cabeza y se palpó el rostro. Luego se levantó y ordenó sus ropas.

Miró en torno.

Rudy Hansen vivía o había vivido con un lujo un tanto decadente, o recargado, con abundancia por doquier de porcelanas,

dorados y molduras. Vivía o había vivido: era imposible saber con certeza si en aquellos momentos estaba muerto o no. Brand se dijo que el gusto decadente cuadraba a maravilla con la personalidad de Rudy, con su melancolía de europeo gastado, con su infinito aburrimiento, del que no le consolaba ni siquiera la cocaína que con gesto elegante y desdeñoso aproximaba de vez en cuando a las ventanas de su nariz sobre la yema de su dedo pulgar.

La casa se veía limpia y cuidada. Brand reparó en que, al parecer, se habían efectuado recientemente algunas restauraciones, por lo menos en las puertas vidrieras que separaban la sala de estar del vestíbulo, donde a juzgar por la masilla todavía fresca habían sido renovados algunos de los rectángulos de cristal. Rudy, sin duda, había querido encontrar su nido bien a punto para la vidorra que probablemente pensaba pegarse desde el instante de su regreso a París.

¡La vidorra! ¡Pobre Rudy, si realmente estaba muerto!

Brand se preguntó quién sería el hombre al cual había sorprendido en la casa. Un francés. Su nacionalidad significaba poco. ¿Su filiación, acaso? ¿Las personas por cuya cuenta se había introducido allí? ¿Qué?

Raro que no fuera ruso.

Palpándose todavía la cara en el punto donde le habían herido con la culata de la pistola del hombre, se dirigió a la habitación en que éste había estado cuando él llegó.

Encendió la luz.

Silbó.

La habitación era un estudio-biblioteca muy a lo Rudy Hansen. Rudy era de los que por esnobismo hubieran hasta coleccionado libros encuadernados con piel humana. Brand recordaba la época en que solía utilizar como cenicero de cabecera el occipital de un cráneo recogido en una necrópolis tunecina.

Pero ahora sus tesoros habían sido revueltos sin piedad. La mesa aparecía con los cajones abiertos, infinidad de papeles entremezclados y desperdigados por doquier, los libros tirados, todo fuera de su sitio. Obra del francés, naturalmente; del francés, que buscaba algo. Había acudido a la casa para practicar un registro. Lo inició en el estudio, y se hallaba aún en las primeras fases cuando Brand le interrumpió.

Esto era lo que indicaba la evidencia.

Brand sacó un cigarrillo y lo encendió con la mirada perdida en el vacío. Buscar algo. Él también estaba allí para buscar algo.

La misma cosa que el francés, naturalmente.

Sin más demora emprendió el registro donde el otro lo había dejado. Papeles, papeles, papeles. Borradores de poemas, textos definitivos elegantemente manuscritos. ¡Ah, el pobre Rudy y sus poemas! Libros, libros, libros. Cajones, estantes, una alacena, un arca.

Tiempo perdido.

¿Por qué se había asustado el francés? Tenía un arma, una buena arma, con silenciador, adecuada a las circunstancias; la pistola de un profesional enemigo de comprometerse. ¿Por qué perdió los nervios?

Risible.

Brand no dejó un palmo del estudio sin examinar, sabiendo que lo que buscaba podía estar oculto en el espacio de unos centímetros. Él había visto ocultarlo en el interior de un bolígrafo, de un cigarrillo, de un encendedor. Despanzurró las butacas de cuero, tanteó las paredes, desenmarcó los cuadros y se tomó la molestia de destrozarse una por una las bellas encuadernaciones de los innumerables libros.

Tiempo perdido.

Regresó a la sala de estar bañado en sudor, con la mente puesta en el mueble-bar de Rudy, prometiéndose el regalo de un *highball*. Tenía la casa entera por delante, un trabajo ingente si quería practicar un verdadero registro. Un trabajo como para ocupar con él toda la noche. Quizá para perder, ¡cielos!, toda la noche.

Preparó el *highball*.

Bebió la mitad.

Entonces oyó que alguien abría la puerta exterior. Aguardó con el vaso en la mano, estoico, impasible.

Conocía de referencias a la mujer que entró. No la había visto jamás, salvo en fotografías, pero había oído hablar de su belleza malsana, ya un tanto picada, un tanto madura. Decían que había ganado al pasarse, como ocurre con la caza o con el queso. Pudiera ser.

La mujer le miró desde el umbral de la puerta vidriera, fastidiada pero no asustada, ni siquiera sorprendida.

—¿Quién es usted? —preguntó con sosiego.

—Johnny Brand —dijo él—. Un amigo de Rudy. En ocasiones también un cliente.

Los negros ojos de ella se posaron en la mesa volcada y el cenicero de porcelana roto.

—¿Acaso está aquí Rudy?

—No.

—¿Cómo ha entrado usted entonces?

—He encontrado la puerta abierta. Otro me había precedido. — Brand señaló con un ademán la mesa y el cenicero—. Otro tipo, un francés, que ha disparado dos veces contra mí, antes de escapar. No he podido detenerle, aunque lo he intentado.

La mujer pestañeó.

—¿Tiros?

—Pistola con silenciador. Eche una mirada al estudio y comprenderá lo que ese hombre deseaba.

—¿Y qué deseaba usted?

Brand sonrió amablemente.

—Lo mismo que él.

La mujer avanzó. El peinado y el tinte de su cabello, el maquillaje de su rostro, su estola de encaje blanco, su vestido gris de falda ancha, sus zapatos, su perfume, todo en ella valía una fortuna. Ella, para algunos, debía de valerla también. Para Rudy, sin duda. Había cumplido los cuarenta y tenía a su espalda un largo historial. Amarla habría sido para Rudy Hansen tan grato como aspirar su coco con gesto indolente, como acariciar el lomo repujada de sus absurdos y bellos libros, como componer uno de sus nostálgicos poemas mientras la *hi-fi* le regalaba los oídos con música de su adorado Vivaldi.

Brand la siguió con los ojos cuando se dirigió al mueble-bar. En silencio, la mujer se escancié coñac en una copa panzuda. Parecía extremadamente cansada, extremadamente triste. No mostraba por el estudio el menor interés. No lo mostraba ni por el propio Brand.

Cuando hubo bebido un sorbo, dijo:

—Le agradeceré que se marche.

—Me gustaría tener noticias de Rudy —declaró él.

—No las hay.

—¿Ninguna?

—Vengo de la prefectura. No saben nada. No han hallado rastro de él ni del coche.

Brand preguntó:

—¿Le había hablado Rudy de mí? ¿De Johnny Brand?

—No.

—Usted es su esposa. Greta Hansen. Greta Thorn antes de casarse.

—¿Qué importa eso? Le he pedido que se marche. Estoy rendida, deshecha. Y no tengo lo que usted quiere.

—¿Sabe lo que es?

La mujer movió negativamente la cabeza.

—Sea lo que sea, no lo tengo. Nunca he intervenido en los negocios de Rudy. Le suplico...

—No —dijo Brand con suavidad—. Termine su coñac, le hará bien. Luego hablaremos. Yo puedo ayudarla a encontrarle.

—Lo dudo. —Greta Hansen bebió un nuevo sorbo—. Usted cree que ha muerto. Se nota en su modo de referirse a él.

Brand entornó los párpados.

—¿Y usted?

—Yo estoy segura.

La respuesta había sido fría, objetiva, impersonal. Brand se preguntó qué grado de dolor y resignación escondería, hasta qué punto la mujer lloraría por dentro la muerte de aquel hombre extraordinario que fue Rudy, en cierto modo tan superior y tan cansado como ella.

—Siéntese —dijo.

Greta obedeció dando vueltas a la copa entre sus manos.

—Será inútil.

—Quizá no. Cuénteme lo que ha pasado.

—No sé lo que ha pasado. Simplemente, Rudy había de reunirse anoche conmigo para cenar en Chez Claudine, y no compareció. No sé dónde está, no sé nada.

—Usted ha avisado a la policía, ¿no es así?

—Esta mañana.

—¿Por qué no anoche mismo?

—Porque no soy timorata ni asustadiza. Porque Rudy tiene una parte de su vida que le pertenece exclusivamente. Porque pensé que quizá en el curso de la tarde había querido prevenirme, dejarme un recado en Chez Claudine, y que no tuvo ocasión.

—¿Ha mudado de opinión esta mañana?

—He recordado algo.

—¿Qué?

—Rudy quería comprar una casa en el campo. Buscaba, se informaba. Me había hablado de una en particular, situada en Montmorency, que se anunciaba en los periódicos. Esta mañana he recordado que me había hablado también de su intención de visitarla ayer tarde. He buscado el anuncio, he llamado por teléfono al anunciante. —La mujer se encogió de hombros—. Rudy salió ayer tarde de París, estuvo en Montmorency, visitó la finca. Es lo último que se sabe de él. No hay noticias de que regresara.

—¿Estuvo allí solo?

—Solo.

Brand titubeó.

—Usted comprende, ¿no es así?, que Rudy se hallaba comprometido actualmente en la empresa más peligrosa de su vida. Había llevado a término la primera mitad venciendo dificultades en apariencia insuperables, y sin embargo, la segunda mitad era más arriesgada aún que la primera.

—Le he dicho que no intervengo en sus negocios.

—¡Negocios! —exclamó. Brand con amargura—. Rudy ha estado ausente de París cuatro meses. Y usted también. Ambos regresaron hace menos de una semana y se reunieron de nuevo. Pero mientras usted ha pasado esos cuatro meses de vacaciones en Roma, él los ha pasado en un lugar muy distinto.

Greta fijaba la mirada en el fondo de su copa de coñac.

—Parece usted bien enterado.

—Estarlo es mi obligación, Greta. Por otra parte, a su regreso, Rudy no hizo un secreto, sino todo lo contrario, del lugar donde había pasado los últimos cuatro meses. Los pasó ocultos en la provincia rusa de Krechovia, uno de los territorios prohibidos de la

Unión Soviética, donde funcionan la base, los laboratorios y la factoría de cohetes espaciales más importante de aquel país. Los métodos de que se valió para introducirse allí, para no ser descubierto, para volver a salir y para llegar a París sin caer en menos de los agentes rusos, fueron, por supuesto, cosa suya. Si un hombre en el mundo podía intentar la hazaña con posibilidades de éxito, era él.

—Ahí tiene el éxito —murmuró la mujer.

Brand la observaba atentamente.

—¿Sabe qué trajo Rudy en sus maletas de ese viaje?

—La muerte.

—O una fortuna fabulosa. Valía la pena arriesgarse.

Greta sacudió la cabeza.

—Está muerto. Adivino que está muerto. Esto es lo único que a mí me importa.

—Rudy vino de Rusia con el secreto más valioso y más celosamente guardado que poseen los investigadores espaciales soviéticos —suspiró Brand—. Lo consiguió, ignoro cómo. Vino con los planos del último cohete diseñado en los laboratorios de Krechovia, y sobre todo, con la fórmula del carburante que los rusos utilizan para sus lanzamientos; es decir, con la clave del enigma que les ha abierto las puertas de la astronáutica y les ha permitido alcanzar la Luna dejándonos a los americanos con un palmo de narices. Esos informes, Greta, no tienen precio. Rudy pedía por ellos cinco millones de dólares; y créame, probablemente se los hubiéramos pagado.

El rostro de la mujer se contrajo en una mueca.

—¿Cinco millones?

—Sí.

—Ya veo. Matarle ha sido más barato.

—No para nosotros —dijo Brand a media voz—. Los documentos que Rudy trajo de Rusia se han perdido. Su muerte, si de veras ha muerto, representa nuestra ruina. Una ruina muy peculiar, porque pagando cinco millones de dólares nos salvaríamos de ella. El trato, ¿me entiende usted, Greta?, continúa, abierto por nuestra parte. Existe una posibilidad de negociación.

—¿Me lo dice a mí?

—A usted. Por si puede usted ofrecerme esos documentos. Y estoy casi seguro de que puede.

Greta apuró el último sorbo de su copa, se levantó lentamente y fue a llenarla de nuevo en el mueble-bar. Daba la espalda a Brand.

—Anteayer alguien entró en esta casa —dijo de pronto— y practicó un registro en nuestra ausencia. Lo revolvió todo con precipitación. Según Rudy, no se llevó nada. Según él no había nada que el intruso pudiera llevarse. Se quedó tan tranquilo ante el desorden.

—¿Quiere usted decir que los documentos no están aquí?

—Ni están aquí, ni sé dónde están. Y crea que lo lamento.

—Probablemente fueron reproducidos en microfilm —indicó Brand—. No ocuparían apenas lugar. Es posible que Rudy los llevara constantemente encima; y si acaso observó usted que cuidaba con especial atención de su estilográfica, de su pitillera, de alguno de sus objetos de uso personal...

—No he observado nada de eso.

Brand anduvo hacia la mujer, que continuaba dándole la espalda.

—¿Se da cuenta de que a Ruby pueden haberle capturado los agentes rusos con objeto de rescatar lo que él había sustraído?

Ella se volvió y le miró.

—¿Capturado con vida?

—La esperanza existe.

—Dígame, ¿Rudy ofreció vender sus secretos exclusivamente a ustedes? ¿No hizo la oferta a nadie más?

—La hizo a varios. Era su método: venta al mejor postor. Inició las gestiones recién llegado a París y estaba en peligro mortal desde entonces. Si ahora no ha muerto podemos todavía salvarle, libertarle de los agentes rusos, o de quienquiera que le tenga en su poder. —Brand escrutó los negros ojos de la mujer—. Una palabra de usted bastaría; una pista, una orientación. Y si su pregunta significa que, como Rudy, piensa jugar al mejor postor, desengáñese. Nadie le pagará lo que nosotros, nadie como nosotros está en situación de devolverle a su marido.

—¿Nadie? Los mismos que le han capturado, por ejemplo. Si vive.

—Quítese esa idea de la cabeza.

—¿Por qué?

—Quienes le han capturado sólo le entregarán a cambio de los documentos.

—No digo que no.

Brand apretó los puños.

—Greta, nos obligará a mostrarnos desagradables.

—Los americanos son desagradables siempre — respondió ella con hastío—. Márchese, por favor. Ignoro dónde están esos documentos de que usted habla, ignoro que Rudy haya traído cualquier cosa de Rusia; y si lo supiera me serviría de ellos para rescatarle, para salvarle la vida. Cinco millones de dólares sin Rudy no me interesan, aun suponiendo que esa fantástica suma sea una realidad.

—Lo es.

—Me tiene sin cuidado.

—Yo le ofrezco ambas cosas: Rudy y el dinero.

—No, usted me ofrece un anzuelo para conseguir los documentos anticipándose a sus competidores.

—Rudy era en cierto modo mi amigo.

—En cierto modo —asintió ella—. Me estoy cansando ya de pedirle que se marche, señor. No desea, ¿verdad?, que llame a la policía.

—No la llamaré —afirmó Brand fríamente—. He venido a registrar esta casa, y mi trabajo solamente ha empezado. Lo terminaré. Conste que es usted quien lo quiere.

Miró en torno con los brazos en jarras.

—Pierde el tiempo —dijo Greta.

—Eso lo sabré al final.

Había una mesa de laca junto a un sofá tapizado de raso. Los ojos de Brand descubrieron sobre ella unos papeles.

Fue y los examinó. Uno era un papel de embalaje comercial, usado y vuelto a plegar, blanco y verde, con la inscripción *Dumas, Fils et Cie*, repetida una y otra vez a manera de orla. El resto eran sobres de cartas, sobres ya abiertos, vacíos; dos dirigidos a Greta, uno a Rudy. Este último ostentaba un membrete: Hans Muller, y unas señas de Francfort.

Greta había llenado de nuevo su copa. Bebía.

—¿Qué relación ha tenido Rudy con Muller? —preguntó Brand.

—No conozco a nadie llamado así.

Él se aproximó y depositó el sobre encima del mueble-bar.

—Muller. Un viejo espía nazi que actualmente mueve desde Francfort los hilos más sucios de Europa.

—No le conozco.

—Es mentira, Greta. Usted ha publicado sus libros en Alemania, y Hans Muller es oficialmente un destacado agente literario; no me sorprendería que él la hubiera representado en la cesión de derechos. Pero sí me sorprendería que se hubiese interesado por los poemas de Rudy, que ni siquiera en Francia han encontrado editor.

—Hipótesis tuyas.

—Quizá. No obstante, la intervención de Muller podría dar a este asunto un cariz muy feo.

—¿Feo para ustedes?

Brand no contestó.

Tenía en aquel momento a Greta a su izquierda, y a su derecha las ventanas de la sala de estar. Volvió la cabeza hacia éstas, advertido por un repentino presentimiento, por una luz de alarma que inopinadamente se había encendido en su conciencia, y en el mismo instante uno de los cristales saltó hecho pedazos y un objeto se introdujo en la habitación.

No pudo ver lo que era; no le dio tiempo, aunque, sin verlo, lo supo enseguida. El objeto estalló con una débil y sorda explosión, difundiendo violentamente una nube de humo amarillo.

Greta lanzó un grito. Su copa de coñac cayó al suelo.

Brand asió a la mujer del brazo y tiró de ella en dirección a la puerta.

—¡Corra! ¡Es una granada lacrimógena!

El humo se interpuso en su camino: en un segundo lo había invadido todo. Ambos comenzaron a estornudar, a toser, a llorar, a asfixiarse.

Brand consiguió abrir a ciegas la puerta del apartamento.

Había al otro lado tres o cuatro hombres. Esperaban.

—Dale, tú —dijo uno.

A través de las lágrimas vislumbró Brand una figura enorme,

alta, ancha y oscura que se cernía sobre él.

Luego ya no vio más. Algo se abatió sobre su cráneo. Tinieblas. Brand se hundió en la nada.

La enorme figura levantaba nuevamente el brazo.

—Basta —ordenó el hombre que hablara antes. Y añadió—: Greta, hija mía, necesitas un pañuelo...

## CAPÍTULO II

ALGUIEN encendió la luz desde el exterior. Se abrió la puerta.

—Salga.

Brand se había preguntado cómo sería el lugar donde estaba encerrado. Ahora podía verlo: una habitación de paredes estucadas sin más muebles que una desvencijada cama metálica. Sobre la cama, un jergón de virutas de corcho.

Había despertado en el jergón y envuelto en tinieblas, con los ojos y las mucosas de garganta y nariz irritados, con todo el cráneo dolorido, sintiendo sed y ganas de fumar. Tan intensa era la oscuridad que temió haberse quedado ciego; por causa del humo lacrimógeno, o del golpe, ¿quién sabe? A veces ocurrían tales cosas.

No tenía cerillas, no tenía tabaco, no tenía nada en los bolsillos.

Ahora comprobaba que por lo menos no estaba ciego.

—Le he dicho que salga.

Brand abandonó la cama oprimiéndose con ambas manos la cabeza.

El hombre se apartó del hueco de la puerta para dejarle paso. No era joven, pero lo fingía: corte de pelo frailuno, chaqueta de aviador con cuello de piel, pantalones téjanos, mocasines. El atuendo contrastaba con las arrugas que bordeaban sus mortecinos ojos, con las bolsas de sus mejillas, con los surcos grabados a ambos lados de su boca.

No parecía hallarse armado.

Brand hizo la prueba: revolvióse contra él y, soltando su propia cabeza, proyectó las manos hacia su rostro. El hombre dio un ágil salto atrás. Su diestra voló al escote de la chaqueta de aviador.

—¿Qué es lo que quiere, imbécil? ¿Broma?

Brand rio sin ganas.

—Está bien, fantoche. Vamos a donde sea.

El hombre sacó una pistola.

—Camine.

Se encontraban en un sótano. Un corto pasillo conducía al pie de unas escaleras ascendentes. En el rellano superior de éstas había una puerta, que Brand, subiendo delante del hombre, abrió.

Un amplio vestíbulo, amueblado a estilo inglés, decorado con cuadros de caza: jinetes de chaqueta roja y gorra negra, perros, caballos. Las luces estaban encendidas. Era de noche aún.

—Por ahí.

Se oía música. Beethoven tocado a estilo Rubinstein.

Sonaba en un salón donde se hallaba un hombre solo. Un hombre en pie, vestido con un batín corto de color escarlata, que preparaba sobre una mesa dos vasos de whisky. Alto, aristocrático, cabello rubio-gris, rostro enjuto, agresivo mostacho militar, largas y cuidadas manos.

—Pase, Brand —dijo sin mirar hacia la puerta—. Pase y acomódese. ¿Le agrada Beethoven?

—Prefiero a Porter —respondió Brand a media voz.

La puerta se cerró a su espalda. El sujeto de la chaqueta de aviador se había quedado hiera, en el vestíbulo.

—¿Porter? —preguntó el hombre amablemente. Se volvió, sonrió y avanzó unos pasos con un vaso en cada mano—. ¿Se refiere a Ambrosius Porter, el polifonista del siglo diecisiete?

Ofrecía uno de los vasos,

—Me refiero a Cole Porter.

El hombre enarcó elegantemente una ceja, pensativo.

—Le desconozco. Confieso que no soy un erudito, un diletante... Simple afición, cosas que regalen el oído y sosieguen el alma. Gustos un tanto populacheros, ya sé. No me importa. —Se acentuó su sonrisa—. Usted y yo, si no me equivoco, nos hemos visto antes.

La instalación estereofónica era excelente. Sintiéndose materialmente bañado en música, Brand evocó la última vez que había tenido ante sí aquel mostacho militar, aquel rostro enjuto, aquellos ojos grises.

—En Viena —dijo—. Usted vendía a los refugiados húngaros pasaportes americanos falsificados, tan burdamente falsificados que no hubieran engañado ni a un funcionario miope, lo cual no obstaba para que cobrase por ellos una fortuna.

—¡Ah, un negocio excelente, en efecto! —asintió el hombre con calor—. Duró poco, por desdicha. ¿Hace de ello tres años?

—En otoño del cincuenta y seis.

—¡Cuánto tiempo! ¿Por qué no habrá en Europa una revolución cada dos o tres meses? ¡Cielos! ¿No podrían ustedes, los agentes americanos, hacer algo al respecto, Brand?

-Brand mostró el salón con un ademán.

—Con revoluciones o sin ellas no parecen irle mal las cosas.

—Me defiendo, querido, pero sólo yo sé los quebraderos de cabeza que me cuesta llevar una vida medianamente holgada. Es preciso luchar contra la mala fe ajena, contra la codicia, contra la trampa, contra el engaño... Y uno envejece, hay que reconocerlo. Uno ya no es lo que era, está cansado, sin recursos físicos ni mentales, sin la audacia y fantasía de la juventud. Uno tiende cada día más a contemporizar... Soy únicamente un viejo soldado, amigo Brand, a quien la vida niega el derecho de dormirse apaciblemente sobre sus laureles.

—Alguien le dormirá algún día a la fuerza, no se preocupe —dijo Brand con suavidad—. Apaciblemente o no, alguien le dormirá. De un balazo, sin duda.

—Lo sé. —El hombre suspiró. Su sonrisa, que se había apagado, cobró nuevo brillo—. Pero venga hacia acá, por favor. Sentémonos. Saboree su whisky. A excepción del embajador de Su Majestad, a quien yo mismo tuve el placer de regalar una caja, nadie en París podría ofrecerle un escocés como el mío. Le ruego que lo acepte en calidad de desagravio por molestias que las circunstancias me han obligado a ocasionarle.

Brand se acomodó en una butaca de cuero.

—Coronel Hastings —dijo—, es usted el mayor canalla con que me he tropezado.

El hombre continuaba en pie, siguiendo distraídamente el compás de la música con la mano en que tenía el caso.

—¿De veras? Dígame, Brand, ¿se siente usted bien? Quiero

decir...

—Se lo que quiere decir. No me siento bien.

—¿Puedo ofrecerle unas aspirinas? ¿Una pomada balsámica?

—¿Por qué no suelta lo que tiene preparado y terminamos de una vez? Librarme de su presencia es lo único que me aliviaría.

—Comprendo.

La música sonaba henchida de ternura.

Brand se preguntó —era una pregunta que se había hecho en anteriores ocasiones— cómo Hastings podía ser un personaje real, no imaginario. Algunos le tomaban por un farsante, y se equivocaban. Sus bizarros modales a lo Academia Militar de Sandhurst eran auténticos, su mostacho de oficial de la Guardia era auténtico, como lo eran su largo y brillante historial bélico y la alta alcurnia de su linaje: tercer hijo de lord Hastings de Stoke. Al mando de su unidad de paracaidistas, Hastings había recibido cinco heridas consecutivas en la Segunda Guerra Mundial; hubiera podido llenar una vitrina entera con sus medallas. Luego, terminada la lucha, su camino habíase torcido de modo inverosímil. Quince años de turbias andanzas habían hecho de él uno de los más cínicos, desaprensivos y peligrosos ejemplares de la fauna de aventureros que pululaban por Europa.

Brand suspiró.

—Debí suponer que le encontraría a usted metido en esto, Hastings. La camada del cebo es de las que atraen a buitres de su clase.

El coronel no le miraba.

—¿Va a decirme que no lo sabía?

—¿Saber qué?

—Rudy Hansen y yo somos, o éramos, socios en la operación. Fui yo quien le proporcionó en el interior de Rusia los contactos que hicieron posible su éxito, y no voy ahora a consentir que él ni nadie se ponga a jugar sucio a mi costa.

—No creo una palabra de eso.

—Tendrá que creerlo, querido, porque es la verdad. Lamento que haya pagado usted parte de las consecuencias, pero Rudy está tratando de doblarme y ello me obliga a emplear métodos un poco fuertes.

Brand miró al inglés con asombro.

—Rudy Hansen está muerto.

—¡Oh, no! Rudy se oculta para realizar el negocio por su cuenta, eso es lo que pasa. Ha procurado esquivarme desde que regresó a París. Ha mordido un bocado demasiado sustancioso para que le seduzca la idea de compartirlo conmigo.

—Salvo su palabra, Hastings, nada prueba que ustedes se hubieran asociado como afirma. —Brand conservaba en la mano, intacto, su vaso de whisky—. Reserve sus fantasías para mejor ocasión. Yo le diré lo que pasa: usted se ha cargado a Rudy y ahora se las ve y se las desea para encontrar los documentos que él trajo de Rusia. Un error. No debió haberle matado hasta tener en su poder esos documentos.

Hastings, riendo, movía negativamente la cabeza.

—Usted me pinta tan perverso como el diablo. Créame. No le engaño.

Brand se encogió de hombros.

—Discutir eso no conduce a nada.

—Perfectamente. —El coronel, en actitud nostálgica, siempre más atento a la música que al curso de la conversación, depositó su vaso sobre la mesa para encender un cigarrillo. Luego añadió—: ¿Cuánto deseaba Rudy por su mercancía?

—Cinco millones —dijo Brand.

Vio que el hombre se sobresaltaba.

—¡Cáscaras! ¿Cinco millones de qué?

—De dólares.

—¿Y estaba su Gobierno dispuesto a pagarlos?

—Quizá.

Los grises ojos de Hastings brillaban de codicia.

—Es todo un precio, un señor precio, querido. Cinco millones de dólares. ¡El muy canalla! Brand, usted y yo nos entenderemos, estoy seguro.

—No veo cómo —articuló Brand.

El coronel, súbitamente, se dirigió al aparato estereofónico, manipuló los mandos e interrumpió en seco la música. En el silencio que siguió fue a tomar de nuevo su vaso, bebió un sorbo y acudió a sentarse frente a Brand en una butaca gemela a: la suya.

Sus ojos centelleaban aún.

—Amigo mío —dijo con firmeza—, sea como sea, cueste lo que cueste, este negocio no escapará de mis manos. Partamos de esta base, se lo ruego. Desde que supe que Rudy había desaparecido tengo sometido su apartamento a estrecha vigilancia. Mis hombres me han informado periódicamente de cuanto ocurría. Dudo que la mercancía se encuentre allí, pero no quiero arriesgarme; y cuando me ha sido anunciada la aparición de usted en el lugar he resuelto que había dado con la persona idónea. Yo iba en pos de Greta; la había seguido toda la noche, regresaba tras ella de la Prefectura de Policía. Mis hombres han intervenido. Métodos fuertes, ya sabe. No soy melindroso, y confieso que siento debilidad por el empleo de granadas lacrimógenas: rápidas, eficaces, inofensivas, ¡tan útiles para evitar forcejeos y discusiones! Cuando usted...

—¿Qué ha sido de Greta? —interrumpió Brand.

—¿Greta? ¡Por Júpiter! Uno de mis muchachos la ha acompañado a casa después que ella y yo hemos sostenido una amigable conversación en la que se han puesto en claro diversos puntos. Era usted quien me interesaba.

—¿Quién era el hombre que registraba el apartamento cuando yo llegué?

Hastings rio desdeñosamente.

—Louison Ditis creo que se llama. Basura. Un antiguo ratero que trabaja para los hermanos Czudic.

—¿Qué tienen ellos que ver con esto?

—Nada. Están a lo que salta, ojo alerta por si pescan algo. Los Czudic y otros infelices de su calaña no me preocupan. Hay que contar con que revolotearán como moscas allí donde aparezca una tajada apetecible. Uno los espanta —Hastings dio un expresivo manotazo en el aire—, y hala, fuera. Pero, querido amigo, ¿va usted o no a permitirme que continúe con lo que le decía?

—Muy bien.

El coronel sacudió elegantemente la ceniza de su cigarrillo.

—Señor Brand, es usted un agente ducho en el oficio, valiente, inteligente, experimentado, y con la ventaja además de representar a un país que nada en oro. Cobra un modesto sueldo por su trabajo. Ha estado en contacto con Rudy, y parece probable que su

Gobierno, eso es lo que usted dice, derramará sobre él cinco millones de dólares a cambio de las informaciones que ha sacado de Rusia gracias a mí. Si esa transacción se lleva a efecto, ni usted ni yo obtendremos beneficios. Pero si usted se pone de mi parte — la voz de Hastings se hizo grave y calmosa—, si no obstaculiza mi trabajo, si me ayuda en lo que esté a su alcance, entonces, querido amigo, será para usted el veinte por ciento de lo que haya a ganar. A no ser que mis cálculos fallen, el veinte por ciento de cinco millones es un millón. Bonita remuneración por limitarse a cumplir con su deber, ¿no es así, Brand? Apuesto a que no le han hecho una oferta semejante en su vida.

Brand cerró los ojos.

—Usted ha matado a Rudy Hansen —dijo al cabo de un momento.

—¡Cielos, no! Daría mi colección de pipas por tener a Rudy vivo delante de mí. No se ponga usted terco sobre eso, se lo suplico. Y no me conteste inmediatamente. Reflexione, aguarde a mediodía por lo menos. Lo único que le pido es que piense en mi oferta cuando Rudy salga de su escondrijo para ponerse de nuevo en contacto con usted.

—¿Olvida que hay otros servicios secretos en danza? Británicos, franceses, italianos, yugoeslavos, chinos y rusos andan detrás de Rudy Hansen.

—No bromeo. Ningún gobierno pagaría lo que el norteamericano. De lo contrario yo me pondría al habla con mis compatriotas, no con usted; y Rudy sabe esto tan bien como yo. ¿Le parece que escuchemos un poco más de música?

—No —dijo Brand.

Hubo un silencio.

—Bien —murmuró al fin Hastings, con una paciente sonrisa.

—Coronel, su idea no está clara.

—¿No?

—Supongamos que, en efecto, Rudy reaparece y concierta la operación en firme. Mi deber consiste en pagarle y entregar los documentos a mis jefes. ¿Qué espera usted que haga si llega el caso?

—Avisarme.

—Ni hablar.

—Le he dicho que no dé ahora su respuesta.

—Ni ahora ni nunca. De ningún modo es mi deber retrasar una transacción de vital importancia, con todos los riesgos que ello acarrearía, sólo para que usted intervenga. De nadie en el mundo me fío menos que de usted, coronel Hastings. Lo que usted pretende es sencillo: imagina que Rudy, si vive, me enviará aviso, y que por tanto la única manera de localizarle es a través de mí; y si yo me presto a su juego y le transmito el aviso, usted le escamoteará la mercancía y quedará en libertad de entregarla a los ingleses, devolverla a los rusos o hacer con ella lo que se le antoje. No tengo la menor garantía de que realmente pretenda vendérmela a mí por el precio acordado.

—Piénselo bien —asintió Hastings apaciblemente—. No se gana un millón de dólares sin sufrir, ya que no otra cosa, el tormento de las dudas.

—Pero eso significaría traicionar a Rudy Hansen. Si él es un pillo, yo no. Y a fin de cuentas él ha estado en Rusia, se ha jugado la piel, ha realizado un trabajo admirable que puede cambiar el futuro del mundo, ha obtenido un éxito enorme. Usted y yo no nos hemos movido de París.

—Piénselo bien —repitió el coronel, impertérrito—. En su oficio, querido, una conciencia demasiado escrupulosa puede ser un grave estorbo. Quién sabe si caminando recto no se encontrará usted sin Rudy, sin documentos, y no digo sin los cinco millones... Como enemigo, yo puedo ser sumamente desagradable.

—Yo también.

—Lo sé. Por ello desde el principio le tiendo la mano. Con un millón en la palma.

—No exactamente desde el principio, recuérdelo., Comenzó arrojándome una granada lacrimógena, poniéndome fuera de combate y encerrándome en el sótano.

—Minucias —sonrió el coronel—. ¿Se siente ya más aliviado? ¿De veras no quiere escuchar otro poco de música? Serena el espíritu...

—Detesto esa clase de música —replicó Brand. Se puso en pie, miró el vaso de whisky que conservaba en la mano y apuró de un trago el contenido—. Si resuelvo marcharme, ¿tendrá algo que

objetar?

Hastings se levantó con gesto cortés.

—Nada en absoluto. Avisaré a uno de los muchachos para que le acompañe a casa en coche.

—Prefiero volver solo, aunque sea a pie.

—Como guste. ¿Pensará bien lo que le he dicho?

—Creo haberle...

—¡Por favor! Espero su respuesta a partir de mediodía... ¡Oh, un minuto! Permítame. Aquí tengo algunas cosas que le pertenecen.

Brand devolvió a sus bolsillos el dinero, los documentos personales, las llaves, el tabaco.

El coronel abrió la puerta.

En el salón donde habían conversado no era posible advertirlo, pues las ventanas estaban cubiertas por cortinas, pero en el vestíbulo las primeras claridades del día se mezclaban ya con la luz artificial.

El individuo de la chaqueta de aviador había desaparecido. No era él la persona que en aquel preciso momento se hallaba al pie de la escalera que conducía al piso superior. No era él ni mucho menos. No era ni siquiera un hombre.

Era una mujer.

Era una muchacha ataviada con una larga bata de noche de color azul pálido. Brand, caminando a través del vestíbulo hacia la puerta de la calle, tuvo una rápida visión de su asombrosa belleza rubia, una impresión deslumbrante de su gracia exquisita y del encanto femenino de su figura, que incluso a distancia se percibía como un efluvio magnético.

Hastings, por el contrario, semejó ignorarla. Abrió la puerta exterior. Saludó con estilo militar y aristocrático.

—Esta charla ha sido un placer de los que no abundan en mi vida, amigo Brand. Espero que se repita. Vuelva usted cuando lo desee.

—Sí —dijo Brand distraídamente.

Salió.

El cielo del amanecer lucía una iluminación fantasmagórica, la típica lividez matinal de París. Al fondo de la calle se veía la Avenida de Neuilly. En dirección contraria estaba el Bosque de

Boulogne.

Las flores se abrían ya en el jardín de la villa del coronel.

Brand franqueó la cancela y anduvo por la acera hasta la primera esquina. Allí le dio alcance un coche, que se detuvo a su lado.

—¿Le llevo al centro? —preguntó una voz femenina.

## CAPÍTULO III

**P**OR la ventanilla asomaba un rostro de exóticos pómulos, rasgados y oscuros ojos, carnosos labios. Un rostro de apasionada y enigmática belleza, enmarcado por una corta melena de cabello negro con reflejos azules.

La pregunta había sido hecha en francés, con leve acento extranjero.

—¿Por qué no? —dijo Brand.

La portezuela fue abierta.

—Suba.

Brand se acomodó en el asiento delantero, junto a la mujer. Un exquisito perfume le acarició el olfato.

—¿Suele usted hacer esto todas las mañanas?

—Lo haría si fuera necesario. —El coche emprendió la marcha. Los ojos de Brand se posaron con deleite en las piernas nerviosas, finas, delicadamente moldeadas, que surgiendo de la corta falda de un traje negro se movían para que los pies accionasen los pedales de embrague y gas—. Hoy lo ha sido, señor Brand. Y bastante aburrido, por cierto. Temí que no saldría usted nunca de esa casa.

—De modo que sabe usted mi nombre.

—Y usted el mío.

—¿Está segura?

—Debería saberlo, por lo menos. Me llamo Irina Kossomova.

Brand abrió la boca.

—Comprendo.

—Secretaria en la Embajada de la Unión Soviética desde hace

un par de semanas.

—Sí, ya sé; en esas dos semanas me han hablado de usted varias veces. Especialista en información.

La mujer rio en un susurro.

—Llámelo así. Pero soy también especialista en otras muchas cosas.

El coche avanzaba hacia el Arco de la Estrella.

—No ha necesitado preguntarme dónde vivo.

—No.

—Y ha estado esperándome ante la puerta del coronel Hastings.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que a usted y a Greta Hansen les condujeron a la casa. Yo vigilaba a Greta, pero le vi a usted, le reconocí y me pareció más interesante.

—Empiezo a parecer interesante a demasiadas personas. Bien, ¿qué es lo que quiere?

—Saber el paradero de Rudy Hansen.

—¿Nada más? —preguntó Brand, burlonamente.

—Soy absolutamente contraria a los caminos tortuosos e indirectos, señor Brand. Se me ha encomendado la tarea de localizar a Hansen porque determinados funcionarios de nuestra Embajada desean tener un cambio de impresiones con él. La idea general es que ustedes, los agentes norteamericanos, le han ocultado temerosos de que los rusos intentemos castigarle por el robo que cometió en nuestra base astronáutica de Krochevia. Un temor, permítame decirlo, totalmente infundado.

—¿Qué pretende usted?

—¿Qué pretendo? Se lo estoy explicando, ¿no?

—Narices, paloma. Rudy Hansen ha sido castigado ya.

—¡Castigado! —exclamó la joven, sorprendida— ¿Castigado por quién? No me dirá que por nosotros, ¿verdad? Llevamos cerca de veinticuatro horas buscando su rastro como locos...

—Narices —repitió Brand—. Rudy ha muerto.

—¿Cuándo lo ha sabido?

—Tiene que haber muerto. Ustedes han debido matarle. Es la única explicación de su absurda ausencia.

La mujer expelió el aliento con un débil rumor sibilante.

—No juguemos más a los despropósitos, señor Brand. Hablo muy en serio. La Embajada de la Unión Soviética nada tiene que ver con esa desaparición. Es cosa de ustedes, no lo niegue. Y me gustaría proponerle un trato.

El automóvil embocó la Avenida Hoche.

—¡Nada menos que un trato!



—Soy especialista en muchas cosas.

—Sabemos perder, ¿comprende usted?

—No, querida, no comprendo una palabra.

La joven murmuró en ruso una interjección de impaciencia.

—Quiero decir que nos damos perfecta cuenta de que el secreto que robó Hansen se encuentra ya fuera de nuestro alcance y es inútil pretender recuperarlo. Lo hecho, hecho está; nos enteramos del robo demasiado tarde para tomar las medidas oportunas. Enhorabuena, y que les aproveche a ustedes.

—Gracias.

El coche viró a la derecha poco antes del Parque Monceau, y se detuvo.

—Vamos —dijo la muchacha.

—¿Vamos a dónde?

—¿No vive usted aquí?

—Sí.

—Pues subamos. Estoy deshecha, he pasado la noche en blanco por su culpa. Necesito un par de tazas de té,

Brand no hizo ademán de apearse.

—Habrá de ser café, coñac o whisky.

—¡Lo que sea! ¡Oh, por favor, tengo los nervios desquiciados!

—Muy bien. — Brand abrió la portezuela de su lado—. Es delicioso saber que la Embajada soviética encomienda ahora sus servicios de información a delicadas criaturas a quienes una noche en blanco desquicia los nervios. ¿Se trata de una nueva táctica? ¿O hay entre ustedes escasez de personal?

Irina Kossomova no contestó. Pálida, fatigada, se apoyó en el brazo de él mientras Brand abría la puerta, y lo mismo en el ascensor que les conducía al piso. Tenía la esbeltez y la gracia de una bailarina, la sensualidad misteriosa de las mujeres eslavas, y era evidente que había recibido excelente educación. Vestía con impecable gusto, parisiense y exótico a un tiempo. Se movía como una maniquí profesional. Parecía perfectamente segura de sí misma.

Brand sonrió sin saber exactamente por qué.

—Pase.

Ella entró en el apartamento y miró en torno dando una lenta

vuelta sobre sus altos y finos tacones. Sus ojos se posaron en un icono que pendía en la pared entre un óleo y dos anaqueles llenos de libros. Se aproximó a él para examinarlo.

—Es auténtico.

—Un regalo —dijo Brand. Tomó la cafetera exprés y el bote de café—. ¿Quiere una copa de coñac primero? ¿Prefiere whisky y soda?

—Solamente el café. ¿Regalo de un ruso?

—De un ruso que murió. ¿Ha oído usted hablar de Serge Kamenev?

La muchacha se volvió a mirarle.

—Le conocí personalmente en Moscú. Fue uno de mis maestros.

—Quien me regaló el icono era su hermano.

—No sabía que tuviera un hermano.

—A Serge no le interesa que se sepa. A nadie le interesa. — Brand, sonriendo, conectó la cafetera—. Mitia Kamenev se suicidó en Viena hace tres años. Una sucia, muy sucia historia...

Irina titubeó. Finalmente, sin decir nada, fue a sentarse en el diván, cruzó las bellas piernas y abrió su bolso de mano. Sacó un cigarrillo. Lo encendió con un pequeño encendedor y fumó en silencio hasta que estuvo listo el café.

—Señor Brand... —dijo entonces.

—¿Qué quiere?

—Abajo, en el coche, he hablado de proponerle un trato.

Había apurado la taza de café de un sorbo. Brand se la volvió a llenar.

—¿Es preciso que perdamos el tiempo con eso?

—Señor Brand —repitió ella, persuasivamente—, los dos necesitamos descansar y conviene que liquidemos cuanto antes el asunto. El trato que le propongo afecta a Hansen. Comuníquenle ustedes que nada tiene que temer de nosotros, que queda todo olvidado por nuestra parte, pero con una condición: debe revelarnos el nombre de la persona o personas que en Krechovia le suministraron los informes que ha traído de Rusia o le facilitaron el acceso a ellos. Ya ha realizado su hazaña, ya ha obtenido el correspondiente beneficio, y a nada conduce que proteja a esas personas; es decir, a nada bueno para él. Si se niega a revelar sus

nombres podemos causarle muchísimo daño. No hablo de matarle. — Irina sonrió con repentina dulzura—. Hay otras cosas que a Hansen le intimidarán mucho más que su propia muerte. Él ya sabrá a lo que nos referimos. Es un hombre muy vulnerable si el daño no le amenaza directamente.

Brand se sentó junto a la muchacha.

—¿Eso significa que el daño piensan causárselo a Greta?

Ella insistió:

—Hansen ya sabrá a lo que nos referimos.

—¿A otra persona, acaso?

—No sea ingenuo. No le mostraré nuestros triunfos, compéndalo.

—Puedo obligarla.

—¿De qué modo?

Irina estaba ligeramente inclinada, sonriendo, mirando a Brand a los ojos. Él tuvo de pronto conciencia de su absorbente femineidad, de su incitante perfume, de la juventud y frescura de sus tentadores labios. Tuvo conciencia de que ella se utilizaba deliberadamente a sí misma con un propósito determinado. ¿Nervios desquiciados, palidez, fatiga? Quizá. Pero todo aquello semejaba haber desaparecido, y era mucho suponer que dos tazas de café hubieran bastado para que el pequeño milagro se produjese.

Brand frunció el entrecejo.

—Puedo obligarla por la violencia. Usted ha venido a mi casa por propia iniciativa, se ha puesto en mis manos voluntariamente; no tiene derecho a lamentarse si lo que aquí ocurre no es exactamente lo que esperaba. Durante mucho tiempo, nena, se me ha considerado especialista en tirarles de la lengua a las damas. Conozco un método japonés...

—Habla demasiado para que sea cierto.

—¿Quiere que probemos?

—Me gustaría —asintió Irina, dulcemente—. Pero antes procure usted pensar que todo cuanto pueda hacerme para doblegarme a su capricho, método japonés inclusive, será la décima parte de lo que mis jefes me harán por haberme doblegado. Una circunstancia, ¿no cree?, desventajosa para usted en grado sumo.

Brand sostuvo en silencio su mirada. Luego dijo:

—Es usted el más hermoso diablo con que he tropezado en mucho tiempo.

—Lo celebro. He sido expresamente adiestrada para semejar eso que usted llama un hermoso diablo, pero, mis cualidades personales aparte, ¿qué contesta a mi proposición?

—No puedo contestar.

—¿Por qué?

—Porque desconozco el paradero de Rudy Hansen. Y usted sabe que lo desconozco. No logro adivinar lo que se propone con sus maniobras, pero tiene que saber eso forzosamente. Si alguien juega aquí a los despropósitos, muñeca, es usted.

—¿Es su última palabra, señor Brand?

—Respecto al asunto Hansen, sí. También eso lo sabe.

Irina había terminado su segunda taza de café. Dejó escapar un suspiro, se encogió de hombros con gesto resignado e hizo ademán de levantarse.

La mano de Brand la retuvo.

—¿Algo más? —preguntó ella.

Sin responder, con suave firmeza, él la atrajo hacia sí. No encontró resistencia, sino al contrario: tibia, delicada, tierna, palpitante, Irina se deslizó entre sus brazos. Su risa susurrante le acarició a Brand el pabellón de la oreja. Volvió un poco la cara y la besó.

Fue el propio Brand quien puso fin al beso. Tuvo que hacerlo. La sangre hervía en sus venas, su mente resbalaba hacia el delirio, perdía por momentos el control de sus emociones.

Se levantó.

La muchacha, acurrucada en el diván como una gata, le miraba entreabriendo los labios. Había un destello burlón en sus ojos.

Al cabo de un instante, dijo él:

—Quería comprobar si verdaderamente ha sido adiestrada como afirma.

—Lo he sido —replicó ella, a media voz—. No le he mentado en esto, como tampoco en lo demás. Creo haberle dicho que soy especialista en muchas cosas...

—Perfectamente. —Brand hizo un último esfuerzo por recobrar

el dominio de sí mismo. Consultó su reloj—. Me ha convencido. Ahora, por favor, márchese.

—Puedo quedarme si lo desea.

—No.

—Sospecho que me tiene miedo.

—Algo parecido.

Irina extendió ligeramente las piernas y se alzó del diván. Mirando a Brand de reojo puso en orden sus ropas. Recogió su bolso de mano. Echó atrás la cabeza, enderezó el busto y se despezó.

—Bien, no quiero que se incomode por mi culpa —dijo, con irónica humildad—. Me marcharé. Pero conservo la esperanza de que reflexione sobre la proposición que le he hecho. Más que nadie, Rudy Hansen le agradecerá que la acepte.

El caminaba precediéndola en dirección a la puerta.

—A fin de cuentas, en lo único que resultará usted no ser especialista es en información. Lamento que haya perdido la noche.

Abrió la puerta y se volvió.

La muchacha se detuvo a su lado antes de franquear el umbral.

—No la he perdido del todo. He tenido ocasión de aprender algo muy importante sobre mí misma.

—¿Qué cosa?

—Que puedo herirme con mis propias armas. —Irina salió al rellano de la escalera—. No sé lo que hubiera sido de mí si su beso llega a durar cinco segundos más, señor Brand. ¿Forma eso parte del método japonés?

—¿Se burla?

—Ojalá pudiera burlarme. Tendré que revisar la ficha que de usted me facilitaron en la Embajada: no consta en ella que sea un hombre tan peligroso. ¿Pensará en mi proposición?

—No —dijo Brand.

Cerró la puerta. Se quedó inmóvil unos momentos, con la felina imagen de la mujer impresa aún en la retina, gustando todavía el sabor de sus apasionados labios, inundado el olfato por el recuerdo de su perfume.

Sacudió la cabeza.

Luego retrocedió y se dirigió sin vacilar hacia el teléfono.

Levantó el aparato y marcó un número.

Escuchó el sonido de la llamada repitiéndose insistentemente, una y otra vez, antes de que una voz soñolienta respondiera:

—¡Canastos! ¿Quién es?

—Be de Brand. Eme-uno-dos-uno al habla.

La voz gimió:

—¿A esta hora? Compruebe si su despertador funciona bien, Brand. No hay derecho a llamarle a uno tan temprano.

—O tan tarde. Yo no me he acostado todavía. Tome nota de lo que voy a decirle, Simpson.

—Aguarde. — Una breve pausa. — Adelante.

—Necesito con la máxima urgencia información complementaria sobre Rudy Hansen; debo saber si tiene algún hijo.

—¿Algún hijo? —preguntó la voz, con sorpresa.

—Me precio de conocer bien a Rudy, y la idea me parece a mí mismo absurda, pero es una posibilidad que no puede descuidarse. Si no tiene un hijo, quiero saber si vive su madre; y en caso de que no sea así, si existe en su vida otra mujer, aparte la escritora Greta Thorn, su esposa.

—¿Una amante?

—Por ejemplo. Alguien por quien Rudy sienta afecto extremado, alguien a quien se pudiese herir si se quisiera causar a Rudy un daño indirecto, un daño de verdad. Es probable que yo esté desvariando, Simpson. Sin embargo, quiero asegurarme. Y es urgente, urgentísimo.

—¿Qué pasa?

Brand se oprimió la frente con la mano.

—Aunque no me atrevo a afirmar que no sea una añagaza, parece que los agentes soviéticos imaginan que Rudy se encuentra en nuestro poder, que le tenemos oculto para protegerle. Me han comunicado que renuncian a vengarse de su hazaña, pero que quieren a toda costa conocer la identidad de la persona o personas que le facilitaron el acceso a los secretos de Krechovia; y amenazan con causarle un gran daño si se niega a revelar los nombres; un daño indirecto, una herida en su punto más vulnerable...

—Greta.

—Quizá. Y quizá no, Simpson.

—¡Pero todo eso es ridículo! Hansen no está en nuestro poder.

—En ello reside el peligro: no está en nuestro poder, no revelará los nombres que le piden y, en consecuencia, el daño será causado. Pero a mí me preocupa otra cosa.

—¿Cuál?

—Si existe esa otra persona, acaso Rudy esté oculto junto a ella, o acaso le haya confiado la custodia de los documentos. Necesito saberlo antes de que los rusos intervengan.

—Brand, usted calculaba encontrar los documentos esta noche.

—Mis cálculos han fallado.

—Y su idea era que Hansen había muerto; concretamente, que le habían matado o capturado los rusos.

—Mis ideas son ahora un caos. Hay algo más, Simpson. Necesito también una información relativa a Hans Muller, al cerdo de Hans Muller. Ha estado en contacto con Rudy. Si se encuentra actualmente en París, quizá el caos empiece a aclararse.

—¡Muller! —exclamó la voz con repugnancia.

—Averigüe de paso si es Muller quien posee los derechos de traducción de las obras de Greta en Alemania.

—¿Para cuándo quiere todo eso?

—Para dentro de unas horas. A mediodía. En este momento voy a acostarme... ¡Ah, Simpson! Esa cuestión de Rudy y la persona vulnerable, sin duda la conocerán o podrán conocerla los franceses, especialmente si se trata de una mujer.

—*Cherchez la femme*, ya sé. Veré lo que hay. Hasta luego.

Brand depositó el aparato telefónico en su soporte.

Se aflojó el nudo de la corbata.

Un whisky. Un buen vaso de whisky era lo que necesitaba para mitigar la tensión de sus nervios antes de irse a dormir.

Pensaba en el whisky, sin haberse movido aún de junto al teléfono, cuando oyó por primera vez el tétrico sonido.

No pudo localizarlo. Era un sordo y lejano tac-tac-tac regular, muy débil, como el que produciría la máquina de un reloj. Sólo que no había en toda la casa un reloj cuya maquinaria lo produjese.

Contuvo la respiración.

Sí. Se oía, en efecto.

¿Dónde?

Procedió a recorrer la habitación con lentos y cautelosos pasos. El sonido se desvaneció instantáneamente.

Retrocedió y volvió a oírlo.

Miró en torno.

Próximo al teléfono se encontraba el diván. ¿Era allí? ¿Era en el diván o sus alrededores?

Cierto, allí era.

Con el corazón henchido de coraje, descubrió Brand debajo de un almohadón un envoltorio del tamaño y la forma de un libro grueso, recubierto de papel de embalaje, pesado y duro. El tac-tac sonaba en su interior.

Lo soltó como si quemara.

Corrió al cuarto de baño y abrió al máximo los grifos del lavabo. Regresó en busca del paquete. Lo hundió en la pila llena de agua. Con cuidado desgarró el papel y dejó al descubierto parte de una caja de metal. Encontró la juntura de la tapa tanteando con los dedos.

Era el instante crítico.

Sintiendo que se le helaba el sudor, empujó la tapa hacia arriba, de modo que el agua penetrase en la caja. Nada ocurrió.

El tac-tac-tac había cesado.

Dejando el envoltorio en el lavabo, Brand volvió a la sala de estar y se escanció el whisky que deseara momentos antes. Era aquel deseo lo que le había salvado la vida, por lo que en su honor echó en el vaso triple dosis.

La bebió con deleite, a pequeños sorbos.

La caja inmersa en el agua del lavabo no podía ya reservarle sorpresa ninguna. Cuando la abrió halló lo que esperaba: una carga concentrada de explosivo, con el fulminante conectado a un mecanismo de relojería casi silencioso. La carga podía estallar, además, si la caja era abierta en seco. No era una bomba casera, no la obra de un aficionado, sino un artefacto perfectamente estudiado y realizado, que revelaba larga experiencia.

Recordó los turbadores labios de Irina Kossomova.

¡Larga experiencia!

—Especialista en muchas cosas, nena —murmuró, sonriendo.

Tenía que haber sido la muchacha rusa quien deslizó la bomba

bajo el almohadón del diván. Debió de llevarla en su elegante bolso de mano y colocarla mientras con tanto ardor correspondía a su beso. Tenía que haber sido ella.

¿Y qué?

Brand comenzó a quitarse la ropa.

Estaba desnudo bajo la ducha cuando sonó teléfono.

Fue a atenderlo descalzo, dejando en el suelo un rastro de pisadas húmedas.

—Ese de Simpson —oyó al levantar el aparato.

—Be de Brand. Eme-uno-dos-uno a la escucha.

—Han encontrado a Rudy Hansen. Venga enseguida.

—¿Dónde está?

—En el depósito de cadáveres.

Brand masculló una maldición. Y sin embargo, tampoco aquello constituía una sorpresa.

## CAPÍTULO IV

DE la vidorra ni hablar. Cinco millones de dólares ya no podían servirle a Rudy para nada.

Brand lo pensó en la sala de exposición de la Morgue, tiritando a cuatro grados bajo cero con los despojos de aquel extraordinario aventurero ante sí. Cinco millones de dólares. Increíble. Una suma astronómica, la más elevada que jamás se hubiera fijado como pago de una maniobra de espionaje.

¿Y para qué?

Rudy Hansen había entrado clandestinamente en Rusia, burlando todas las medidas de vigilancia de la provincia prohibida de Krechovia, robado el más valioso secreto soviético y regresado a París con vida y en triunfo. Era grotesco. La muerte le había sorprendido de todos modos, en una tarde apacible, entre inofensivos burgueses, por la ruta de Montmorency, antes de que la vida y el triunfo adquiriesen para él su nuevo significado.

—¿Lo sabe Greta? —preguntó Brand.

Jerry Simpson, alto, rubio, descolorido, movió la cabeza afirmativamente.

—Ha venido hace media hora.

—¿Y qué?

—Muda. Seca. Con el infierno quemándole el alma.

—¿La ha visto usted?

—Sí.

Brand gruñó:

—Vámonos.

Fuera parecía que se respiraba mejor. Sobre la isla de la Cité lucía la bella mañana de París. La temperatura era deliciosa.

—El cadáver estaba en el fondo de una vaguada que la carretera salva por medio de un puente, más allá de Saint Denis —explicó Simpson—. Yacía entre zarzas y matorrales, y lo descubrió un perro. Debíó de ser muy fácil arrojarle desde el extremo del puente, simplemente abriendo la portezuela de un automóvil. Eso sería lo que hicieron, sin duda. Ya ha visto usted que tiene un balazo en la cabeza. Mediano calibre; una automática «Browning», u otra arma de este tipo.

—Rudy solía llevar consigo una «Browning» —dijo Brand.

—Es posible, pues, que le mataran con su propia pistola.

—Y en el interior de su propio coche.

—Sí —suspiró Simpson—. Por cierto que el coche no ha aparecido aún. Me pregunto si habrá en él algún indicio...

Los rayos del sol arrancaban destellos de las aguas del Sena.

—Lo siento —murmuró Brand—. Rudy no merecía esa cochina muerte. Un tiro en la nuca, un día y medio en el fondo de un barranco, un perro olfateando su cadáver... Él era otra clase de hombre.

Simpson asía la manija de la portezuela de su «Cadillac».

—¿Quiere usted, después de esto, qué siga con lo que me ha encargado?

—¿Por qué no?

—Algunas cosas ya no tienen sentido.

Brand pensó en Irina Kossomova y en la bomba-reloj. Por supuesto, la proposición alusiva a Rudy no había sido más que un pretexto para introducirse en su casa y colocar el artefacto. Por supuesto. Estaba claro ahora. Eran los agentes rusos quienes habían castigado con la muerte a Rudy Hansen.

Y la otra persona, la persona que hacía a Rudy vulnerable, sólo existía en la fantasía de quienes prepararon el golpe contra él.

—Obre como guste, Simpson.

—¿Qué hará usted?

—Dormir un rato, si puedo.

—Me refiero...

—¿Se ofenderá si le envío al diablo? Rudy ha muerto, los rusos

fingen creer que nos había entregado ya los documentos que robó en Krechovia, Hans Muller está entre bastidores, los hermanos Czudic merodean en torno, el coronel Hastings se apresta a intervenir, y mientras tanto, un secreto que vale cinco millones de dólares permanece tan bien guardado que nadie, nosotros, los rusos, los ingleses, los franceses, los italianos, los yugoslavos, los chinos y quién sabe cuántos más, parecemos tener la menor probabilidad de descubrirlo. Váyase al diablo, Simpson, por favor.

Simpson abrió la boca con sorpresa.

—¿Hastings anda metido en esto? —preguntó— ¿Y los Czudic?

—No se preocupe de ellos. Se neutralizan unos a otros.

—Pero...

—¿Sabe lo que me ha ocurrido en las últimas horas? Empiece a contar: han disparado dos veces contra mí una pistola, me han arrojado una granada lacrimógena, me han puesto fuera de combate con un golpe en el cráneo que hubiera desnucado a un buey, me han ofrecido un millón de dólares, he besado a una mujer bella como una diosa y he encontrado en mi casa una bomba de relojería. Ahora, querido, permita que me marche a dormir.

Simpson no dijo nada.

¿Dormir?

Había un «Austin Healey» descapotable, blanco y plata, detenido junto a la acera cuando Brand llegó a su casa. Había una mujer en el «Austin Healey».

Se apeó al verle.

—Desearía hablar con usted.

Brand la miró, humedeciéndose los labios con la lengua.

Era ella. La misma: una asombrosa belleza rubia, una gracia deslumbrante, un magnético efluvio de femineidad. La había entrevisto por primera vez en el vestíbulo de la villa de Hastings.

Ahora llevaba un exquisito vestido camiserero de color marfil y en su figura se armonizaba el vigor de las turgentes formas juveniles con la delicadeza de la más refinada distinción. Se había expresado en un inglés aséptico y puro. Era superclase de pies a cabeza, natural, limpia, fresca, elegante, viva y sensual como una cervatilla, con ojos azules como el cielo, y probablemente no había cumplido aún los veinte años.

Brand sintió un poco de amargura.

—¿Dónde quiere que hablemos? —preguntó—. ¿En mi casa?

—Donde guste.

—Prefiero un paseo en su coche. Tomar el aire me sentará bien.

Ella asintió en silencio.

Él se sentó a su lado en el «Austin Healey».

El coche se puso en marcha.

—Mi padre le ha tratado mal, ¿no es así?

—¿Su padre?

—El coronel Hastings. Mi nombre es Diana Hastings.

—No, por Dios —murmuró Brand, con pesadumbre—. No me diga que es usted su hija. No sería justo.

La joven no replicó. Conducía con suavidad, Avenida Hoche abajo, hacia la Estrella. Miraba al frente. El viento jugaba con su cabello rubio, acariciaba su sereno y adorable rostro.

—Sé a lo que se refiere —dijo ella al fin.

—Dejémoslo. Olvide mis palabras.

—De ningún modo, señor Brand. Afrontar la realidad no me da miedo, de lo contrario no habría acudido a usted. Estaba ausente cuando he llegado, nadie ha contestado cuando he llamado a su puerta, pero le he esperado y le habría esperado el día entero.

—¿Su padre no considera un millón de dólares anzuelo suficiente?

Las mejillas de la muchacha se cubrieron de ligero rubor.

—Mi padre no sabe que he venido.

—¿Quién le ha dado entonces mi nombre y mis señas?

—Omar Kassem, uno de los empleados de mi padre. Por cinco mil francos.

—¿Debo creerla?

—Yo no le obligo.

El coche embocó la Avenida Foch bajo el sol radiante, en dirección al Bosque de Boulogne.

Brand se arrellanó en el asiento y encendió un cigarrillo protegiendo la llama de la cerilla con ambas manos.

—Bien, ¿qué quiere de mí?

—Decirlo es muy fácil.

—A ver...

—Quiero que persuada a mi padre de que renuncie al..., al negocio que le ha propuesto.

—Está loca.

—Señor Brand...

—Está loca —repitió él, entre dientes, mirándola con curiosidad—. No puede querer eso. El negocio que me ha propuesto su padre representa para ustedes cuatro millones de dólares. Dinero imprescindible si hay que mantener la villa de Neully, comprar coches de lujo como éste, vestir como usted viste, e incluso pagar lo que usted es.

—No.

—Abra los ojos.

—No he tenido más remedio que abrirlos, señor Brand, y crea que con dolor. Desde donde alcanzan mis recuerdos de la infancia hasta hace tres meses he vivido interna en un colegio u otro, siempre los mejores de Europa, primero en Inglaterra, luego en Suiza. Un mundo falso. He sido la muchacha de familia aristocrática educada para brillar en sociedad. Mis abuelos paterno y materno eran pares del Reino, mi madre, muerta al darme a luz, una gran dama, mi padre un soldado y un héroe. Crea que abrir los ojos me ha dolido de verdad.

El rostro de Brand se había endurecido.

—Yo nada puedo hacer.

—Tres meses han transcurrido ya desde que salí del pensionado suizo y mi padre me trajo por primera vez a su lado —prosiguió ella, ignorando deliberadamente sus palabras—. He necesitado poco tiempo para comprender en qué se había convertido el supuesto héroe de la guerra, el elegante ex soldado de quien yo me sentía tan orgullosa, el afectuoso caballero que en alguna que otra ocasión venía a visitarme en un coche de lujo para colmarme de regalos y atenciones. Y sin embargo, señor Brand, desde que conozco la realidad he aprendido a querer a mi padre. Antes quizá le admiraba. Ahora sé que es débil, que es miserablemente humano, y por ello le amo con todo mi corazón.

—Puntos de vista —dijo Brand, con frialdad—. De todos modos, señorita, adivino que su intención es meterse a redentora. La

felicito por sus nobles impulsos misionales, pero me parece un poco tarde para enmendar a un hombre como el coronel Hastings.

—Nunca es tarde —replicó la muchacha.

Él se encogió de hombros.

—Puntos de vista —repitió.

—No, usted no lo comprende. Mi madre y mi padre se amaban locamente. Ella murió al estallar la guerra, y en ésta, en los años de lucha, encontró él ocasión de olvidar la pena, la soledad, el abandono en que la muerte de mi madre le había dejado. Pero cuando la guerra acabó, todo resurgió de las cenizas. Mi padre era demasiado débil para resistirlo y no halló otra solución que aturdirse de nuevo en la aventura, volver al peligro, huir de la paz y la comodidad. Este es su secreto, señor Brand. Otros, en su situación, se dan a la bebida o a las drogas. Y yo sé que si mi padre encuentra lo que le falta: la ternura, el calor del hogar, la responsabilidad, el cariño; yo sé que si se le tiende una mano cordialmente, por sí mismo regenerará su vida. Estoy dispuesta a todo con tal de lograrlo.

—Es muy propio de una jovencita como usted pensar así.

—¡Pero usted no niega que tengo razón! ¡Ayúdeme! Es usted un hombre honrado, señor Brand; es un agente del Gobierno de su país, un defensor de la paz, la libertad y el orden. No puede aprobar la conducta de mi padre.

Brand fijó la mirada en la brasa de su cigarrillo. Hizo una mueca.

—No se equivoque, señorita. Como agente del Gobierno de mi país, mi trabajo consiste en fomentar la traición, la trampa, el espionaje, el chanchullo y toda clase de indignidades. Apruebo con entusiasmo la conducta de su padre si puedo beneficiarme de ella.

—¡No es cierto!

—¿Usted cree?

—Confieso que he escuchado desde el otro lado de la puerta la conversación que ha sostenido usted con mi padre. Le he oído decir a usted que él es el mayor canalla con que se ha tropezado, le he oído contar cómo vendía pasaportes falsificados a los refugiados húngaros. No quiero que nadie pueda volver a decir jamás una cosa semejante...

—Era, por mi parte, una reconvención amistosa.

La joven titubeó.

—Trata usted de desengañarme, ¿no es así? Está seguro de que no conseguiré mi propósito y procura que no ponga en él demasiadas ilusiones.

Brand disparó con los dedos su cigarrillo.

—Supongamos que sí.

—Gracias. Pero es que hay otra cosa aún, señor Brand.

—¿No podríamos olvidarnos de todo esto?

—Yo no puedo. Hay otra cosa, como le digo, y es que no quiero que mi padre muera.

—¿Su padre... qué?

—La idea de ganar esos dichosos millones le ha cegado. Pero le matarán, le matarán si se empeña en intervenir en el asunto. Alguien le ha avisado por teléfono de que Rudy Hansen, el hombre de quien hablaban ustedes, ha sido encontrado muerto. Él correrá la misma suerte.

—¿Es cierto que el coronel y Hansen eran socios? —preguntó Brand, con repentino interés—. ¿Su padre ayudó realmente a Hansen a cumplir su misión en Rusia?

—Sólo sé que han estado en relación desde que Hansen regresó, hace cinco o seis días, y que mi padre se enfureció al enterarse de que había desaparecido. ¡Pero le matarán como a él si llega a conseguir los documentos que persigue! ¡Debe usted evitar que los obtenga!

—¡Niña! ¿Arroja usted cuatro millones por la ventana?

—¿Qué importan esos cuatro millones, Dios mío? ¿No quiere usted comprender?

—Es usted quien no comprende. Viviendo en pensionados de lujo, sin necesidades ni preocupaciones económicas, es imposible percatarse de la importancia del dinero. —Brand, sombrío, sacudió la cabeza—. No, señorita. Lo único que puedo prometerle es que trataré por todos los medios de hacerme con los documentos antes que su padre, lo cual ahorrará a mi Gobierno cinco millones; pero no tengo manera de impedir que él consiga los documentos por su cuenta. Esto está fuera de mi alcance.

Diana Hastings, en silencio, redujo la velocidad del coche y dio

la vuelta para emprender el regreso. Al cabo de un momento, dijo:

—Lo lamento de veras.

—Yo también. Sin embargo, considero al coronel muy capaz de cuidar de su vida. No tema. Ha Salido con bien de trances peores.

La muchacha no contestó.

El «Austin Healey» rehízo su camino por la Avenida Foch.

Rodeaban el Arco del Triunfo, sumidos en la riada de vehículos, cuando Brand preguntó bruscamente:

—¿Su padre ha tenido tratos estos días con un individuo llamado Hans Muller?

—¿Muller? ¿Se refiere a un alemán gordo y fofo, pálido, que habla con voz aflautada?

—Sí.

—Le vi en casa una vez. Hace tres días, en efecto. ¿Por qué?

El rostro de Brand había adquirido una expresión rara.

—Por nada. Pensé que acaso estuviera en París.

—Señor Brand.....

—¿Qué?

—Es horrible el mundo en que usted se desenvuelve. Es horrible.

Brand guardó silencio hasta que el coche hubo rebasado la calle del Faubourg Saint Honoré.

—Cuando anoche dije a su padre que es el mayor canalla con que me he tropezado —declaró—, entonces hablaba por hablar. Ahora sé que sí lo es. Para un hombre como él no existe canallada semejante a la de tener una hija como usted. Esto es lo verdaderamente horrible, señorita. —El coche viró a la derecha y se aproximó a su casa—. Y muchas gracias por el paseo.

—Sí, claro —murmuró ella.

Brand vio en sus ojos un brillo de lágrimas.

—Vamos, no lo tome de ese modo.

El «Austin Healey» se detuvo junto a la acera.

—Hay un único modo de tomarlo, señor Brand. Sus argumentos no podrán disuadirme de mi propósito. Mi padre no intervendrá en ese asunto, no arriesgará su vida, no se cubrirá de fango. Esto se acabó. Lo he decidido al oír que habían matado a Hansen. Al oírlo he pensado en recurrir a usted, he venido inmediatamente. Veo

ahora que ha sido perder el tiempo, pero no importa.

Brand, a punto de abrir la portezuela, se mordió los labios.

—La muerte de Hansen, o por lo menos la confirmación de su muerte, cambia un poco las perspectivas.

—¿Qué quiere decir?

—El negocio que planeaba su padre se basaba en la hipótesis de que Rudy Hansen vivía e intentaría ponerse en contacto conmigo. Con Rudy muerto, no hay negocio posible. Todo se reduce ahora a ver quién descubre antes el paradero de los documentos, y desde el punto de vista de usted, el único riesgo es que su padre sea el primero en localizarlos. En esto, señorita, sus intereses y los míos coinciden. El primero en descubrirlos quiero ser yo.

La muchacha miraba a Brand con fijeza.

—¿Eso pretende ser un consuelo?

El abrió la portezuela y se apeó.

—Interprételo como guste. No estoy acostumbrado a tratar con muchachas de su clase. Si en algo no me he mostrado muy a la altura...

—Ha sido franco.

Brand sonrió.

—¿Eso pretende ser un elogio? Y no me diga que no está acostumbrada a tratar con hombres de mi clase.

—Sería la verdad. —Diana Hastings oprimió el pedal de embrague—. Algún día, señor Brand, usted y los pobres escépticos como usted se quitarán el sombrero ante mi padre, se lo prometo;

—Lo celebraré. Buena suerte.

El coche comenzó a desplazarse.

Fue entonces, al seguirlo con los ojos, cuando Brand reparó en el Traction-avant negro que avanzaba en dirección contraria por el otro lado de la calle a, pequeña velocidad. Reparó en el hombre asomado a la ventanilla trasera y en el objeto que el hombre tenía entre las manos.

Al instante saltó hacia atrás, con intención de introducirse en el portal de su casa. Pero comprendió que no le daría tiempo. Optó por arrojarse al suelo de bruces. Vio con horror que una mujer de edad madura pasaba a su altura cargada con el cesto de la compra, que dos muchachos se encontraban muy cerca. Precipitóse como un

demente contra la, mujer y la derribó lo más delicadamente que pudo. La mujer lanzó un chillido de espanto, el contenido de su cesto se esparció por la acera. Brand se lanzaba ya en plancha contra las piernas de los muchachos. Un segundo, acaso dos habían transcurrido.

Un furioso rugido desgarró el aire. Entre las manos del hombre de la ventanilla trasera del coche negro, la metralleta que Brand apenas había entrevisto vomitaba una ráfaga de proyectiles. Estos martillearon la fachada de los edificios, destrozaron un escaparate, sembraron la acera de vidrios y esquirlas de piedra y yeso. Se oyeron gritos por doquier. Los transeúntes huyeron a la desbandada.

El rugido cesó.

Brand, que estaba tendido en tierra, con uno de los muchachos atravesado sobre su espalda, se sacudió de encima el peso para ponerse en pie. Sonaba frenéticamente el silbato de un gendarme. El coche negro fue todavía visible unos momentos, lejos ya, antes de desaparecer en dirección a la plaza de Río de Janeiro y el Bulevar Malesherbes.

La mujer del cesto sollozaba histéricamente. Brand acudió en su ayuda.

—Tranquilícese. Nadie está herido. Todo ha pasado. Tranquilícese, por favor.

La gente acudía. Los dos muchachos, aturdidos, con aire de no comprender aún lo sucedido, se sacudían las ropas.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Contra quién disparaban? ¿Hay algún muerto?

—¡Una metralleta! ¡En pleno día! ¡En mitad de la calle!

Apareció el uniforme azul de un gendarme. Su silbato no sonaba ya.

Uno de los dos muchachos se serenaba rápidamente.

—Usted lo vio a tiempo —dijo a Brand, con voz débil—. Pensé al principio que se había vuelto loco... Muchas gracias.

—Ha habido suerte. Descubrí el arma un segundo antes de que disparase y me pareció que apuntaba en esta dirección.

Algunos transeúntes trataban de calmar a la mujer, que sollozaba aún. Otros recogían las hortalizas dispersas y las

devolvían al cesto.

El gendarme estaba desconcertado. El hecho de que la ráfaga de metralleta hubiera destrozado el escaparate de una librería parecía inducirle a creer que el ataque había sido dirigido contra el establecimiento.

Brand aprovechó la confusión para echar a andar hacia su casa sin ser notado.

En la puerta estaba Diana Hastings, pálida, temblorosos los labios, los ojos azules muy abiertos fijos en él.

—Perdóneme —dijo.

Brand la asió del brazo con mano firme.

—Suba a mi apartamento. Necesita un trago de algo fuerte. Y descarte la idea de que ha sido su padre el organizador del atentado. Yo soy para su padre la gallina de los huevos de oro.

Ella apoyó una mano sobre la suya, pero se resistió a la suave presión con que él trataba de obligarla a entrar.

—No, gracias, estoy bien... Perdóneme, señor Brand. Yo no pensaba más que en mí misma, en mi padre, en mis cosas. Y es usted quien se encuentra en peligro de muerte. ¡Dios mío!, es usted...

—Olvidelo.

—Nunca podré olvidarlo. Ha sido maravilloso.

El esbozó una sonrisa.

—A mí no me ha parecido maravilloso.

—Me refiero a usted, a su conducta. Lo he presenciado lodo, ¿comprende? Antes que su propia seguridad se ha preocupado usted de las personas que le rodeaban. Esa pobre mujer, esos muchachos... Perdóneme, se lo ruego. —La joven se desasíó—. Adiós, señor Brand.

—Adiós.

Desde el umbral de la puerta la vio Brand abrirse paso entre la multitud que en un instante se había aglomerado ante la librería. Su bello «Austin Healey» se alejaba calle arriba momentos después.

## CAPÍTULO V

SONABA el teléfono.

Con la cabeza hundida en la almohada extendió Brand el brazo, tomó el aparato y se lo aproximó al oído. Hasta la profundidad de su sueño descendió una voz que decía:

—Ese de Simpson. ¡Eh! ¿Está usted ahí? Ese de Simpson... ¡Eh, oiga!

—Be de Brand. Eme-uno-dos-uno a..., a la escucha...

—¡Despierte!

Brand se incorporó trabajosamente.

—Estoy despierto.

—Brand, es importante. Acabo de hablar con el comisario Delessert, de la Policía Judicial. Es muy importante.

—¡Oh, infierno, diga lo que sea!

—¿Recuerda lo que hasta ahora se creía de la visita de Hansen a Montmorency? Que efectuó solo esa visita, ¿no es cierto? Bien, estuvo solo en la finca que se proponía comprar, solo a la llegada, solo marcharse; pero después de minuciosas pesquisas, la Policía ha averiguado que se reunió en el Café Rousseau con otro individuo y que éste montó con él en el coche. Fíjese en lo que le digo, Brand. El otro individuo subió al coche de Hansen. Era a última hora de la tarde, y es de suponer que emprendieron juntos el regreso a París. Rudy Hansen murió por el camino, como sabemos...

—¿Quién era el individuo?

—Un camarero del café identificó a Rudy al ver la foto que le mostraba la Policía, y también al otro hombre. Su descripción, hasta ahora, carece de significado para Delessert.

—Pero no para usted. Lo adivino.

—Ese hombre era Hans Muller.

Complejamente despierto, Brand se sentó en la cama.

—¡Cáscaras, Simpson!

—La descripción coincide en líneas generales. Usted conoce a Muller. Es inconfundible.

—Bien, ¿dónde está?

—Lo lamento, no he podido localizarle todavía; y crea que desde primera hora de esta mañana he puesto en juego todos mis recursos. Lo que sí he comprobado es que, en efecto, Muller es el agente literario de Greta Hansen en Alemania.

—Hablaré con Greta. Le vaticiné, Simpson, que el caos empezaría a aclararse si resultaba que Hans Muller se encontraba en París. Se encontraba en Montmorency, por añadidura.

—Muy bien, es usted un mago —dijo Simpson con ironía—. Y no solamente por sus vaticinios sobre Muller.

—¿Qué pasa?

—Ahora ya no tiene importancia, puesto que Hansen está muerto, pero parece que, como usted sugirió, existía en su vida otra mujer. No una hija, ni una madre; nada de ese estilo.

—¿Quién le ha dicho eso? ¿El comisario Delessert?

—No. La información procede de un individuo apellidado Lemwig, danés de origen, como Rudy; un alcohólico, un degenerado, un presunto poeta, un parásito a quien Hansen socorría de vez en cuando. Parece que Lemwig le conocía mejor que nadie y era su confidente y su guía en las aventuras inconfesables a que Rudy Hansen se entregaba a menudo. Hay una mujer. Joven, bonita, cultivada, espiritual, bohemia. Rudy estuvo secretamente muy ligado a ella antes de su marcha a Rusia. Es pintora y, de acuerdo con la tradición, vive en Montmartre. Tengo la impresión de que ambos eran muy cautos en sus relaciones; quizá por temor de Rudy a Greta, quizá por respeto. Estoy seguro de que él continuaba amando a Greta, a su modo.

—Rudy todo lo hacía a su modo. ¿Cómo se llama esa pintora?

—Emmy Sheridan. Americana.

—¿Dónde vive exactamente?

—Lemwig dice que no lo sabe, pero no será difícil averiguarlo.

Si me da usted un par de horas...

—Yo me ocuparé de ella. Cuide usted de desenterrar a Muller. Le llamaré más tarde.

Brand oprimió el soporte del teléfono para cortar la comunicación.

Cañudo, pensativo, lo mantuvo unos momentos apretado. Luego depositó el auricular en el sitio, saltó de la cama y se dirigió a la sala de estar. Allí había otro aparato, junto al cual estaba la guía telefónica.

Consultó ésta.

Marcó un número.

—Coronel Hastings. —Aguardó un instante—. ¿Coronel? Brand al habla. Es ya más tarde del mediodía, si no me equivoco.

—El sarcasmo no le sienta a usted bien —respondió la voz apacible y educada de Hastings.

—Le dije que Rudy Hansen estaba muerto. Mi afirmación se ha confirmado.

—Lo sé, y me alegro. Eso facilita las cosas.

—No, coronel, para usted no las facilita en absoluto. Quiero hacerle una advertencia: quítese de en medio, renuncie a esos fantásticos millones y olvide el negocio, o de lo contrario terminará como Rudy.

—Es usted muy amable previniéndome, pero he sido ignominiosamente estafado y no me resignaré.

—Usted ha estafado a centenares de personas y todas han tenido que resignarse. Se acabó, Hastings. Es usted ya demasiado viejo y demasiado rico. Dedíquese en adelante a escribir sus memorias y a gozar de la compañía de su hija; cualquier hombre envidiaría su situación.

—Brand, usted me insulta.

—Los insultos causan menos daño que las balas.

—¿Qué sabe usted de mi hija?

—Procuró saber algo de todo. Cuando hayamos terminado de hablar, dedique quince minutos a pensar con sensatez en ella.

—Lamento no poder seguir sus interesados consejos, querido. Sobre nuestro negocio no se ha dicho todavía la última palabra, y le apuesto mi colección de pipas a que seré yo quien la dirá.

Aunque me disgusta tratar estos asuntos por teléfono, voy a permitirme exponerle las condiciones de mi nueva oferta. No le estimo en menos de lo que vale, Brand, admito la posibilidad de que encuentre los dichosos papeles de Rudy antes que yo. Si es así, plantee la cuestión a sus jefes como si fuera yo quien los hubiese encontrado, reclame el precio y partamos al cincuenta por ciento los beneficios: dos millones y medio para usted, dos y medio para mí. —Hastings emitió una risita ahogada—. Si los encuentro yo no hay problema: cobraré los cinco millones íntegros. Y por último, si los encuentra un tercero, avíseme como sugerí que hiciese en el caso de Rudy; habrá cuatro millones para mí y uno para usted. ¿De acuerdo?

Brand cerró los ojos.

—¡Por favor, Hastings, no desvaríe! Yo no encañaré a mis jefes para embolsarme un solo centavo, lo sabe usted perfectamente. Pero ni siquiera es esa la cuestión. Estoy tratando de salvarle la vida. Estoy diciéndole que si continúa adelante los agentes rusos le eliminarán como sin duda han eliminado a Rudy y como han intentado eliminarme a mí; y si no son los rusos será Hans Muller, y si no es Muller serán los Czudic, y si no los agentes de cualquier otra nacionalidad.

—¿Muller? —inquirió el coronel con viveza—. ¿Qué ocurre con Muller?

Una maligna sonrisa revoloteó por los labios de Brand.

—En su lugar, yo lo pensaría dos veces antes de recibir a Muller en mi casa como usted ha hecho. Hans Muller fue la última persona que vio vivo a Hansen. Estaba en Montmorency con él, ambos se reunieron en el Café Rousseau y tomaron juntos el coche de Rudy para regresar a París. Rudy fue asesinado por el camino, entre Montmorency y Saint Denis.

La línea telefónica permaneció muda.

—¿Me oye, Hastings? —añadió Brand al cabo de un momento.

—Sí, le oigo. Medite sobre mi oferta. —La voz del coronel revelaba a las claras que éste pensaba en otra cosa, que su mente se hallaba a gran distancia de lo que decía—. Espero sus noticias. Adiós.

La despedida había sido de una rapidez fulminante.

Sonriendo aún, Brand cortó la comunicación y volvió a marcar.

—Be de Brand. Eme-uno-dos-uno al habla.,

—Ese- de Simpson. ¿Ocurre algo?

—Ocurrirá. Pronto, haga usted vigilar estrechamente al coronel Hastings y a sus hombres. O mucho me equivoco, o le conducirán de cabeza a Hans Muller. Nada más por el momento.

—Okey —dijo Simpson.

Brand soltó el teléfono y marchó a lavarse y vestirse.

Una hora después estaba sorbiendo un café en el mostrador del Bar Paradis, en la calle Lepic, en Montmartre. Sus ojos escrutaban el rostro ancho y chato del hombre que le había servido.

El hombre murmuró:

—Lemwig. —Lucía un espeso bigote negro que bailaba ligeramente cuando movía sus gruesos labios al hablar—. Will Lemwig, por supuesto. Una rata. Trufado de coco hasta los pelos. Sí, le conozco bien.

—Lo que yo quiero saber, Janot —dijo Brand lentamente— es si ante la posibilidad de obtener algún beneficio inventaría Lemwig cualquier historia.

El hombre restregaba una taza con un paño. Sus velludos antebrazos, arremangada la camisa, se veían llenos de tatuajes.

—Cualquier historia —asintió—. Difamaría a su propia madre si le conviniese. Vendería su alma cuando está desinflado. No es tipo para que tú te intereses por él.

Brand saboreaba el café.

—¿Recuerdas a Rudy Hansen?

—¿Recordarle? Dicen que ha muerto.

—Estás al día, Janot.

—Estoy al minuto. —El hombre sonrió enigmáticamente—. Si lo que vas a preguntarme es si Lemwig y Hansen eran amigos, te diré que sí, que lo eran. Por lo menos antes de que Hansen emprendiera su último viaje, hace unos meses; no he vuelto a verle desde entonces. Tú sabes... Compatriotas, daneses los dos. Y a Rudy Hansen le gustaba coleccionar basuras del estilo de Lemwig. Era éste quien solía suministrarle la cocó. —El hombre produjo con la boca un ruido de chupeteo—. Bueno estaba también Hansen, a su manera.

Brand le había dejado hablar.

—No era eso lo que iba a preguntarte.

—¿No?

—Will Lemwig ha contado que Rudy andaba con una mujer. Emmy Sheridan. Una pintora americana.

Janot abrió la boca.

—¿Rudy andando con la Sheridan? ¿Quieres decir a espaldas de Greta?

—Probablemente.

—Me sorprendería.

—¿Es un cuento de Lemwig, entonces?

—No digo tanto. Pero yo nunca les vi juntos. Nunca vi que se hablaran siquiera. No recuerdo que nadie los haya relacionado jamás.

—Conoces a Emmy Sheridan, naturalmente.

—Sí.

—¿Dónde vive?

Janot, pensativo, dejó vagar la mirada por el local.

Se echó el paño al hombro y desapareció por la puerta del extremo del mostrador.

—Aguarda un momento.

Regresó al cabo de un minuto, con un cigarrillo sin encender en los carnosos labios, emergiendo entre las negras cerdas de su bigote.

—Vive hacia la mitad de la calle Cortot, no sé el número, pero en la puerta hay una placa con su nombre. ¿Me das fuego?

Brand le dio fuego.

Luego pagó el café y se marchó.

Simpson había calificado de bohemia a la pintora. Bohemia dorada, en todo caso. Vivía en una casa restaurada, una casa con estudios para artistas ricos o para las personas con dinero que gustaban de jugar a artistas. La placa de bronce con su nombre relucía al sol. Estaba en la histórica calle de Cortot, con vistas a la parte trasera de la iglesia del Sagrado Corazón, que alzaba sobre los tejados sus cúpulas blancas.

Brand subió al estudio y llamó a la puerta. La placa de bronce se hallaba reproducida allí a menor escala.

Nadie abrió.

Alguien tocaba el piano en uno de los pisos inferiores.

Brand llamó de nuevo.

Nadie.

Titubeó.

Por último echó mano al bolsillo y sacó un llavero de cuero, de cuyo interior extrajo una herramienta desplegable de forma rara. En cuclillas, la introdujo por el ojo de la cerradura y comenzó a forcejear con ella.

Transcurrieron los minutos.

Brand tenía el rostro chorreante de sudor cuando la cerradura dejó oír un chasquido. Sosteniendo entonces la llave falsa con una mano, empujó con la otra la puerta. Esta se abrió.

Las luces del estudio estaban encendidas como si fuera plena noche. Respirando vigorosamente, Brand entró y volvió a cerrar la puerta a su espalda.

Bonito lugar.

No era lo que había esperado, pero sí lo que hubiera debido esperar si realmente Emmy Sheridan representó algo para Rudy. El estudio estaba acondicionado para trabajar y vivir. Su decoración simple y ultramoderna era la antítesis del barroquismo decadente del apartamento de los Hansen, pero no había en ella una sola nota de vulgaridad o de mal gusto. Su ambiente sedante, cómodo y un tanto misterioso ejercía sobre el ánimo irresistible fascinación.

Las paredes se veían llenas de cuadros. Bellos y extraños cuadros.

Uno de ellos parecía presidir la estancia.

Brand lo contempló con asombro. Era el retrato de un hombre, y había sido bárbaramente destrozado, la tela hecha trizas con una navaja, un cuchillo u otro instrumento cortante. Allí estaba, en lugar preferente, dotado de iluminación especial, y sin embargo, era sólo una ruina, un harapo, un despojo.

No el único.

Había otro despojo más allá de unas butacas, tendido a través sobre una gruesa alfombra-césped, pero Brand no lo vio hasta haberse adentrado unos pasos en el estudio.

Un despojo humano. El cadáver de una mujer, Emmy Sheridan, por supuesto.

No podía ser otra. Con los ojos llameantes de ira se arrodilló Brand a su lado, y al tocarla se percató de su rigidez. Llevaba muerta mucho tiempo. Era posible que yaciera allí desde la noche anterior, desde antes acaso.

¡Desde antes de que Irina Kossomova aludiese a su existencia, si realmente su amenaza de herir indirectamente a Rudy Hansen constituía una alusión!

Brand apretó los puños.

No tenía sentido. Nada lo tenía. La agente rusa se introdujo en su apartamento para colocar la bomba-reloj. ¿Era necesario hilvanar una historia con Rudy, a quien los propios rusos habían matado, y con Emmy Sheridan, a quien habían matado igualmente?

¿O ignoraba Irina verdaderamente que habían muerto los dos?

Los rusos.

Hans Muller.

¡Muller subiendo al coche de Rudy en Montmorency!

¿Y bien?

Brand se levantó y contempló a la mujer muerta sobre la alfombra. Había sido muy joven, de una belleza vigorosa y explosiva. Se adivinaban todavía en su cuerpo exánime los efectos de la supernutrición y la supervitaminosis americanas. Debió de haber rezumado salud y optimismo. Debió de haber sido para Hansen el complemento imprescindible de su vida espesa y malsana.

Para Greta, para la madura, intelectual y retorcida Greta, una rival difícil de vencer.

¿Greta?

Brand regresó lentamente junto al cuadro.

¿Por qué había sido destrozada la tela? ¿Por qué había sido acuchillada aquella obra?

Volvió la mirada al cuerpo de Emmy Sheridan. El mismo instrumento cortante había servido para perpetrar los dos crímenes, la misma barbarie los había inspirado. Doce o más heridas de arma blanca acribillaban el pecho y la espalda de la pintora, cuya sangre formaba sobre la alfombra una repelente costra negruzca.

¿Greta?

Brand ajustó unos con otros los retazos de la tela en la parte del

retrato que correspondía al rostro. El resultado no le sorprendió; el cuadro era un retrato de Rudy Hansen; un magnífico e inspirado retrato de aquél hombre excepcional en cuya vida cabían veinte vidas normales.

La prueba de que existió una relación entre Rudy y Emmy Sheridan estaba allí.

\* \* \*

La figura de aquel hombre despertaba en la mente de Brand un recuerdo confuso. Era enorme, un cuerpo alto y ancho como un camión, con la cabeza en lo alto, pequeña en contraste.

Estaba en el pasillo, recostado contra la pared, como si montara guardia. Mordisqueaba la colilla de un cigarro apagado.

—Si viene usted a visitar a Greta —dijo con voz ronca — perderá el tiempo. Greta ha volado.

Brand le reconoció entonces. Le había visto la noche anterior entre el humo de la granada lacrimógena. Era el gigante que allí mismo, a la puerta del apartamento de los Hansen, le había dejado sin sentido de un golpe. Uno de los hombres del coronel Hastings.

Ignorando sus palabras siguió adelante y llamó a la puerta.

—Le digo que Greta no está. No hay nadie.

Era cierto. Nadie, por lo menos, acudió a abrir.

Brand miró al hombre.

—¿Ha volado?

—Con la maleta a cuestas.

—¿Lo sabe el coronel?

—Dígame a mí si lo sabe... Se ha escabullido ante nuestras narices.

—¿Cuándo?

El gigante se mostraba amistoso.

—A mediodía.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Los muchachos andan buscándola.

Brand se humedeció los labios con la lengua. Dijo fríamente:

—Es usted un maldito hijo de perra asquerosa.

El hombre se sobresaltó.

—¿Qué? —exclamó, boquiabierto de asombro—. ¿Qué es lo que

dice?

—No me gusta que me peguen cuando estoy en inferioridad de condiciones. He dicho...

—¡Oh, eso! Ordenes, amigo. No lo tome a mal. No hubo nada personal, y además procuré no hacerle daño. Palabra.

Brand avanzó hacia él con aparente descuido. Su mano, de pronto, se disparó hacia adelante y golpeó al hombre en la boca. Para el gigante fue una sorpresa. Asomó a sus ojos una expresión de incredulidad, seguida, inmediatamente de un centelleo de colero. Reaccionó emitiendo un bronco rugido y precipitándose contra Brand con los puños en ristre.

La sorpresa que recibió fue entonces mayor que la precedente. Brand esquivó los formidables puños y levantó ambas manos. El gigante experimentó en la base del cuello un dolor agudísimo, intolerable, que le hizo chillar. Luego, no supo cómo, se encontró volteado, pataleando en el aire, basculado bajo el impulso de su propio peso. Cayó en difícil posición y el pavoroso impacto de su cuerpo contra el suelo estremeció todo el edificio.

Quedó tendido con la cabeza torcida, babeando, mirando a Brand con ojos desenfocados, aturdido. Su respiración era un jadeo que sonaba como si alguien aserrase madera.

—Allí tiene —dijo Brand—. Los elefantes como usted me irritan los nervios. Por lo demás, suelo pagar todas mis deudas. Salude al coronel en mi nombre.

Dio media vuelta y se marchó.

## CAPÍTULO VI

LA voz de Simpson preguntó:

—¿Por qué habla usted de ese modo?

—Estoy comiendo un sandwich de hamburguesa —explicó Brand—. Tengo las mismas necesidades que el resto de los seres humanos. Hágame un favor, Simpson: llame a su amigo el comisario Delessert y envíele al estudio de Emmy Sheridan, en la calle Cortot, en Montmartre.

—¿La ha encontrado?

—Muerta.

—¡Oh, Cristo! ¿Pero eso qué significa?

—¿Tiene usted a Hans Muller?

—Aguarde. Continúe con lo de Emmy Sheridan.

—¡Le pregunto si tiene a Muller!

—Como tenerle, no lo tengo. Luego le contaré.

—Está bien —dijo Brand a regañadientes—. A Emmy Sheridan la han matado hace algún tiempo, ayer, o anteayer. Apuñalada. He registrado su estudio palmo a palmo sin encontrar los documentos de Rudy; me ha costado perder toda la tarde, y lo único que he descubierto es que nadie había registrado aquel lugar antes que yo. Si los documentos estaban allí, la persona que se los llevó debió de encontrarlos sin apenas buscar. Pero el caso es que la única persona que puede habérselos llevado es un agente soviético o de alguno de los servicios secretos oficiales interesados en conseguirlos, no uno de los malditos aventureros que han metido en el asunto las narices. Si fuera uno de estos últimos no los habría ofrecido ya a nosotros, por el simple motivo de que nadie le pagaría más...

—Brand.

—¿Qué?

—Han asesinado a una compatriota nuestra. ¿No tiene usted nada más que decir?

—En paz descanse.

—¡Por favor, Brand! ¿Era necesario matar a esa mujer?

Brand respiró profundamente.

—Emmy Sheridan había pintado un magnífico retrato de Rudy. Lo tenía en su casa, en lugar destacado, y alguien lo ha hecho trizas; juraría que fue la misma persona que la apuñaló a ella, y destrozando la tela con la misma arma que sirvió para cometer el asesinato. ¿Por qué mutilar el retrato, Simpson? ¿No ve usted en este acto un turbio impulso pasional?

—¡Greta!

—Greta se ha marchado, llevando una maleta consigo y burlando la vigilancia a que los hombres de Hastings tiene sometido su apartamento. Lo ha hecho poco tiempo después de haber acudido a la Morgue a identificar el cadáver de su esposo. No veo claro el asunto, Simpson.

—¿Está seguro de no ver claro?

—Vería claro si Greta tuviera en su poder los documentos. Sería lo lógico, la explicación razonable. Si los tuviera en su poder y nos los ofreciese...

—Esperemos. Quizá lo haga.

—¡Esperar! —rio Brand—. Bastante malo es que corramos a ciegas, pero será peor si dejamos de correr en absoluto.

—Usted cree, ¿no es así?, que Greta ha matado a Emmy Sheridan.

—No lo sé. Es una hipótesis.

—¿Qué piensa hacer?

—Antes de llamarle a usted pensaba ocuparme de Hans Muller. Simpson carraspeó.

—Perfectamente. Muller, en efecto se encuentra en París; para ser exacto en Issy les-Moulineaux, en casa de un individuo llamado Germain Soufflot que es uno de sus colaboradores. Tiene consigo a seis o siete hombres, dos de ellos franceses, el resto alemanes. Soufflot fue un caído del mercado negro, y están además Vick

Lehoux y Jules Puget, ambos con amplios antecedentes criminales. El grupo constituye un verdadero comando, si entiende lo que quiero decir.

—Lo entiendo a medias.

—Muller parece estar en pie de guerra.

—¿Y qué?

—Entre otras cosas, que su amigo el coronel Hastings proyecta presentarle batalla. He tenido que recurrir a los cuatro únicos hombres de que dispongo para neutralizarle, y mientras tanto he intentado establecer contacto con Muller. El intento ha fracasado. Muller no quiere tratos con nadie. Está en Issy, recluso en casa de Soufflot como en una fortaleza. Si no es apelando a la violencia no veo modo de llegar hasta él. He esperado a que usted resolviese.

Brand engulló de un bocado la última porción de sandwich.

Reflexionaba.

—¿Qué motivo puede tener Muller para comportarse de ese modo? —preguntó—. ¿Se le ocurre a usted alguno?

—El miedo.

—¿Pero miedo de qué y de quién? Si tan asustado está, ¿por qué no se vuelve a Francfort? Tenga una idea, Simpson... Indíqueme usted al comisario Delessert que es Muller el hombre que acompañaba a Hansen en Montmorency. Iremos los tres, usted, el comisario y yo, a hacerle una visita. ¿Puede arreglar eso?

—Sí.

—¿Ha puesto vigilancia en torno a la casa?

—Dos de mis hombres están allí, los dos restantes vigilan a Hastings.

—¿Lo sabe Muller?

—No.

—¿Y el coronel?

—Hastings sabe que no le quitamos ojo. Le he hablado con claridad. Le he anunciado que si se mete con Muller tendrá que vérselas con él y con nosotros a un tiempo. Está furioso contra el alemán. Ignoro en qué se funda, pero su idea parece ser que Muller se entendió con Hansen para engañarle y luego se deshizo de Hansen para continuar solo el negocio. Una idea absurda, Brand, a no ser que Hans Muller se haya apoderado de los documentos.

Brand titubeó.

—Quizá fuera bueno que les dejáramos destrozarse entre sí.

—¿Qué prefiere? Por mí no hay inconveniente.

—No. Hablaremos antes con Muller. Me intriga el hecho de que él haya intervenido en el asunto. No me explico su venida de Francfort, no entiendo en qué consiste su papel. Necesito saber estas cosas, y otras.

—¿Supone que se las dirá?

—Déjelo de mi cuenta. Conozco la manera de tratarle. Muller es cobarde como un conejo.

—Conforme.

—Dentro de una hora estaré esperándoles a usted y a Delessert en el Café de la Paz. Procure resolver en una hora las dificultades que puedan surgir.

—Me basta. Hasta luego, Brand.

Brand, con un profundo suspiro, depositó el teléfono en su soporte.

Salió de la cabina.

—Pensé que se había dormido ahí dentro —gruñó un individuo que aguardaba haciendo saltar una ficha en la palma de la mano.

—Ojalá pudiera dormir en cualquier parte —replicó él.

Regresó al bar, y pidió otro sandwich y una cerveza.

Estaba leyendo en un periódico de la tarde las informaciones relativas al asesinato de Hansen, sentado un hora más tarde en una mesa del Café de la Paz, cuando Simpson compareció en compañía de otro hombre.

—Pierre Delessert —le presentó.

El comisario le llegaba a Simpson poco más arriba del hombro. Era moreno, de ojos duros y boca sarcástica, fuerte, grueso, nervioso, y vestía con sorprendente atildamiento.

Saludó con la cabeza, sin decir nada.

—¿Vamos? —preguntó Brand.

Pagó el café que había tomado y abandonó el periódico sobre la mesa.

En el Bulevar de los Capuchinos aguardaban dos coches de la policía. Uno estaba lleno de agentes de paisano, el otro era el de Delessert. En éste había un pasajero.

Brand captó una significativa mirada de Simpson.

—El capitán Lenoir, del Deuxième Bureau.

Los dientes del capitán brillaron en la penumbra del interior del vehículo.

—Creo que el señor Brand y yo nos conocemos.

—Es cómodo, ¿no?, que otros le hagan a uno el trabajo —dijo Brand. Se instaló en el asiento junto a Lenoir, con Simpson al otro lado, mientras el comisario se acomodaba delante con el chofer—. ¿Qué va a ser esto, capitán? ¿Una carrera de obstáculos entre el Deuxième Bureau y nosotros?

—Podría ser una alianza.

Simpson explicó:

—Al Deuxième Bureau se le ha despertado un gran interés, por cuanto se relaciona con Rudy Hansen. El capitán no parece muy convencido de que es únicamente la amistad que nos unía a él el motivo de que usted y yo, Brand, nos ocupemos de esclarecer su asesinato.

Lenoir rio en un susurro.

—No estoy convencido ni de lejos. Sé la clase de individuo que era Hansen. Sé lo que ha estado haciendo en Rusia recientemente. Tengo el placer de comunicarle, señor Brand, que este asunto no está ya oficialmente en manos de la Policía Judicial, sino a cargo nuestro. El comisario Delessert colabora con nosotros por pura gentileza.

—Muy amable —comentó Brand con hastío.

Delessert se volvió para mirar por encima del respaldo del asiento.

—Supongo que un hombre tan importante como usted no hace caso de semejantes minucias, señor Brand —dijo—, pero no debió usted tocar nada en el estudio de la pintora Sheridan. El estado en que dejó los lugares ha impedido por completo la normal labor de la policía.

—Un registro concienzudo —subrayó Lenoir, sarcástico—. ¿Encontró algo que valiese la pena?

—Me ilustró sobre vestuario femenino —replicó Brand. Se volvió a Simpson—. Yo veo que mi sugerencia de prestar ayuda a las autoridades francesas va a ocasionarnos un sinnúmero de

incomodidades. Crea que lo lamento.

El coche había dejado atrás la plaza de la Concordia, y en aquel momento el Sena, en su marcha a través de la ciudad.

Hubo un silencio, y luego Simpson dijo:

—Los hombres del comisario han descubierto el automóvil de Hansen en Saint-Germain-en-Lave, en una de las entradas del bosque. Merece que le felicitemos por el éxito de sus pesquisas.

Brand suspiró.

—Comprendo. Tiene mi felicitación.

La risa sacudía el cuerpo del capitán Lenoir.

—No tema, señor Brand, lo que usted busca no está en ese automóvil. Lo hemos materialmente desmenuzado. Había únicamente una bala incrustada en el asiento delantero, del mismo calibre que la que mató a Hansen.

—No pienso en eso. Me pregunto el motivo de que el automóvil haya sido abandonado, en Saint Germain. Hansen fue asesinado entre Montmorency y Saint Denis. Llevar el coche a Saint Germain en lugar de continuar hacia París representa un rodeo considerable.

—Incluso si la persona que lo conducía debía regresar a Issy-les-Moulineaux —asintió Lenoir con una sonrisa astuta—. Pero es posible que no hubiera motivo concreto. Es posible que, después de deshacerse de Hansen, aquella persona evitara la ciudad, la rodease, viajara unos cuantos kilómetros a lo largo del Sena y se detuviese al azar en Saint Germain como pudo detenerse en cualquier otra parte.

Brand no replicó.

Miraba al exterior: los Inválidos, Avenida de la Motte, calle del Comercio. Iban aproximándose al Bulevar Víctor por la parte del Ministerio del Aire. Detrás estaba el campo de aviación, y más allá la población de Issy.

Simpson encendió un cigarrillo. La llamita del encendedor iluminó su largo y descolorido rostro.

Nadie hablaba ahora en el interior del coche.

—Aquí tiene que ser —dijo finalmente el comisario.

En la siguiente esquina, una farola de alumbrado público permitía leer el rótulo de la calle: Avenida Verdón.

El chófer viró a la derecha para tomar una vía lateral y detuvo

el coche a los pocos metros. El segundo vehículo se detenía también cuando Brand se apeó en pos de Lenoir.

Simpson miraba alrededor, como tratando de localizar a alguno de los hombres que tenía de vigilancia. Ninguno era en aquel momento visible.

La casa y su jardín estaban rodeados de un alto muro de piedra. Había una puerta enrejada, pero la reja había sido cegada con una plancha de hierro. Por encima del muro y de la puerta asomaban las copas de numerosos cipreses.

Delessert daba instrucciones a los agentes del segundo coche.

—El castillo de Germain Soufflot —dijo el capitán, contemplando la puerta con los brazos en jarras. Era un hombre alto y flaco, de aspecto poco marcial, con la nuez prominente destacando en su cuello y un mechón de cabello caído sobre los ojos—, Esto comienza a tomar aire de novela de capa y espada. Soufflot era en los años de lo postguerra un auténtico señor feudal, pero no deja de sorprenderme que ahora, de pronto, se haya metido en esta aventura.

—¿Usted conoce a Hans Muller? —preguntó Brand.

—De oídas.

—Muller es capaz de meter en una aventura a cualquiera: le basta con tirar de los hilos que tiene a su alcance. Maneja toda la inmundicia de Europa.

Lenoir enarcó las cejas.

—¿Quiere usted decir que Soufflot interviene en esto presionado por él? ¿Una especie de chantaje?

—Posiblemente. En Muller es el método habitual.

Delessert oprimía el timbre de la puerta.

—Quizá podamos aprovecharnos de esa situación —sugirió el capitán—. Resulta difícil vaticinar lo que va a ocurrir aquí.

Brand murmuró:

—No tan difícil...

En el silencio que siguió se oyeron al otro lado del muro pasos en la grava. Una voz malhumorada preguntó:

—¿Quién?

—Abre —dijo el comisario—. Policía Judicial. Necesitamos hablar con Soufflot.

La voz pronunció un juramento. Añadió:

—Nadie me obliga a abrir si no quiero.

—Traigo un mandamiento. Abre y no te compliques la vida. Sabes de sobra lo que te conviene.

Chirrió un cerrojo. Una de las hojas de la puerta giró sobre sus goznes.

Delessert entró primero, seguido de Lenoir, Brand Simpson y uno de los agentes. Los demás se quedaron fuera.

El hombre que había abierto estaba en mangas de camisa, era calvo y tenía el estómago prominente. Delessert le dio en éste una palmada.

—Muy Bien, Jules. Esta vez sospecho que habéis hecho el tonto.

—Señor comisario, aquí nadie ha cometido ningún delito —protestó roncamente el hombre—. Usted me conoce. Cruz y raya.

El jardín estaba rodeado de cipreses. Había un parterre central, y detrás la casa. Las luces de ésta permitían ver en las proximidades del parterre a dos hombres más, inmóviles, en actitud expectante.

Delessert los señaló con el pulgar.

—¿Alemanes?

—Huéspedes del señor Soufflot. Señor comisario, le juro...

—Explícales quienes somos. ¡Vamos, pronto, anda ya! Si sacan un arma os habéis hundido.

El hombre se volvió y echó a andar haciendo señas con los brazos.

El grupo le siguió.

Los dos alemanes comenzaron a moverse para correr hacia la casa.

—Deprisa —gruñó Lenoir.

Brand, a los pocos pasos, se separó de sus compañeros y encaminóse al largo cobertizo adosado a una de las paredes laterales del edificio, en cuyo interior la luz de un tubo fluorescente permitía ver cuatro automóviles aparcados uno junto a otro. Mientras los demás enriaban en la casa, él se demoró allí.

Uno de los vehículos era un majestuoso «Mercedes» de matrícula alemana. Los tres restantes ostentaban la placa de París, y los tres eran «Citroën», un «DS 19», un «Traction-avant» y una furgoneta «Dos caballos».

Un «Traction-avant» negro. Los había a miles en la ciudad.

¿Realmente?

Brand abrió la portezuela de aquel coche y examinó el interior.

Nada. Vacío.

Palpó el asiento trasero, introdujo los dedos por las rendijas. Se agachó para tantear la alfombrilla del suelo.

Allí estaban. En un rincón. Dos, tres cápsulas de proyectil de pequeño calibre, ya consumidas.

Las cápsulas que hubiera disparado una metralleta.

Brand se enderezó. Cerró de golpe la portezuela, y en el mismo instante oyó una voz que pronunciaba a su espalda el final de una pregunta:

—...ist da?

Se volvió.

Desde más allá del «Dos-caballos» un hombre grueso y rubio le miraba encañonándole con una Luger.

—Vamos a la casa —respondió él en alemán—. Tengo que hablar con Muller.

El hombre sacudió la cabeza.

—*Nein*. Quiero saber lo que buscaba en ese coche.

—Algo que he encontrado. —Brand avanzó unos guasos extendiendo la mano en que tenía las cápsulas—. Véalo.

La atención del alemán fue atraída durante un segundo por los tres objetos metálicos.

Un segundos solamente.

Pero Brand lo aprovechó. Levantando bruscamente la mano arrojó las cápsulas al rostro del hombre. Saltó a un lado. Cuando la Luger tronó estaba ya, aunque por breves centímetros, fuera de la trayectoria.

No hubo ocasión para que el arma disparase por segunda vez. Brand se precipitó contra el alemán y aplicó una presa feroz a su brazo. El hombre ululó de dolor. La pistola cayó al suelo. Brand descargó un seco y fulminante hachazo, y el alemán se derrumbó a sus pies hecho un ovillo.

Las tres cápsulas brillaban en el piso de cemento. Brand las recogió una por una, recogió también la «Luger» y la introdujo en el bolsillo de su chaqueta.

Abandonó el cobertizo.

—¡Alto! —le ordenó alguien en el jardín.

Era el policía que había entrado antes en la casa. Alarmado por el disparo, uno de los que aguardaban fuera acababa también de introducirse por la puerta exterior. En las manos de ambos se veían pistolas.

—Soy Brand. He venido con ustedes.

—¿Qué fue ese tiro?

—Un tudesco que se sentía juguetón. Le encontrará fuera de combate, ahí, junto a los coches.

Brand siguió adelante y entró en la casa.

Un derroche de luces.

Se hubiera dicho una fiesta de sociedad. En el salón principal habíase interrumpido, al parecer, una partida de naipes. Sobre una mesa se hallaba dispuesto un muestrario de copas y botellas de licor.

Había cuatro mujeres, las cuatro jóvenes, las cuatro rubias, las cuatro con vestidos estudiadamente ceñidos a sus curvas, las cuatro asustadas, las cuatro irremisiblemente vulgares.

Los hombres eran siete, aparte Delessert, Lenoir y Simpson. Brand supuso que Germain Soufflot sería el tipo fanfarrón y de sonrisa desdeñosa que hablaba en aquel momento con el comisario.

Pero no le prestó atención.

No se la prestó más que al hombre gordo, folio, pálido, húmedo y repelente como una babosa, de ojos saltones, cuyo cuerpo se derramaba sobre una butaca. El hombre le había visto entrar y, mirándole ardía un infierno en sus crueles pupilas.

Brand avanzó en línea recta hacia él.

El hombre comenzó a forcejear para desgajarse de la butaca y ponerse en pie. Una vaga sonrisa apareció en los labios de Brand, quien, al pasar ante la mesa, recogió un jarro de porcelana lleno de flores.

—Hola, Muller —dijo.

Aplastó el jarro sobre su cabeza y se quedó contemplando a un paso de distancia cómo el agua le corría al alemán pecho abajo y las flores ponían una grotesca nota de color en sus ropas.

## CAPÍTULO VII

UN tenso silencio se hizo en la sala.

Hans Muller, encogido, con la boca abierta, temblaba como un flan. El impacto del jarro había abierto en lo alto de su frente una serie de pequeñas heridas de las que comenzaban ya a manar hilillos de sangre.

Sin añadir una palabra, Brand, plantado frente a él, disparó la mano derecha, luego la izquierda; le abofeteó con ambas, le volvió a abofetear, una y otra vez, con fría violencia. La cabeza de sapo del alemán se bamboleaba de un lado a otro como si tuviera roto el cuello. Muller trataba desesperadamente de protegerse con los brazos al tiempo que pugnaba por levantarse, sin conseguir ninguna de las dos cosas.

Lenoir acudió y apoyó una mano en el hombro de Brand.

—¡Por favor, cálmese!

—Cálmese usted, yo estoy tranquilo —dijo el americano, interrumpiendo un instante su tarea—. Sé cómo tratar a este cerdo, no se preocupe.

Muller quiso aprovechar la pausa para escabullirse, pero le fallaron las fuerzas y se deslizó de la butaca al suelo. Brand le empujó con el pie y le dejó tendido boca abajo, convertido en una masa de carne gimiente.

Se oían los sollozos histéricos de una de las mujeres. Dirigiendo la mirada en torno observó Brand que Delessert tenía una pistola en la mano. Los hombres formaban un grupo silencioso y hostil, cubiertos por el arma del policía.

Simpson fumaba. Sonrió cuando Brand dijo:

—Llévenselos de aquí a todos. Muller hablará mejor sin testigos. Delessert hizo una seña en dirección al vestíbulo. El agente entró.

—Cachéales por si llevan armas. Luego avisa a Heim y vigíladlos.

Simpson preguntó:

—¿Quién ha disparado ahí fuera?

—Uno de los alemanes —respondió Brand—. Nada de particular.

Acechaba a Muller como si se dispusiera a saltar sobre él. El gordo, desde el suelo, le miraba de reojo torciendo la cabeza. No se atrevía ni a moverse.

El agente despojó de sus pistolas a cuatro de los hombres; Soufflot y Jules Puget, el calvo que les franqueara la entrada, estaban desarmados. Luego dejó aquéllas detrás del comisario y salió corriendo.

No tardó en regresar, acompañado de otro policía. Entre los dos sacaron de la sala a hombres y mujeres. Ninguno pronunció una palabra.

—Vamos a comenzar, Muller —dijo Brand—. Creo que ya sabes cómo termino yo estas cosas. Te habrán contado que fui discípulo de Okakura Kiamoto. Has oído hablar de su método, ¿no?

—Por favor —articuló el alemán con voz de falsete.

—¡Levántate!

—¡Por favor!

Brand se inclinó y apoyó las manos en la base de su cuello. Muller lanzó un agudo alarido, y acuciado por el dolor se puso en pie con sorprendente presteza.

Su apariencia era lamentable. La cara congestionada y sucia de sangre, mojado, fatigado, derrotado antes de haber iniciado la lucha, y en los ojos saltones una mirada entreverada de odio y terror abyecto.

Brand sacó del bolsillo los tres casquillos de bala.

—Mira esto. Lo he encontrado hace un momento en el interior de uno de los coches de Soufflot, el «Citroën» negro. Ese coche estaba esta mañana apostado ante mi casa, enviado por ti, con un par de tipos y una ametralladora. La ráfaga me ha fallado por muy

poco. ¿Por qué has querido matarme, Muer?

El gordo emitió un jadeo y no contestó.

—Era el segundo intento malogrado, ¿no es así? —siguió diciendo el americano—. Confieso que a veces me falla la memoria. He necesitado encontrar estas cápsulas, he necesitado palpar la prueba de que eras tú quien había intentado matarme para recordar que hace cinco años te deshiciste de un tipo llamado Strasser colocando una bomba-reloj en su coche el día que emprendía viaje a Munich por carretera. Esa clase de artimañas figura en tu archivo de recursos. Anoche hiciste colocar otra bomba semejante en mi apartamento, debajo de un almohadón que ahogase el sonido de la maquinaria. Fuiste tú, ahora lo sé. Pero no sé todavía por qué has pretendido matarme...

Muller, de súbito, se volvió a Lenoir y Delessert.

—¡Lo sabe! —chilló—. ¡Lo sabe bien! ¡Por piedad, no dejen que me haga daño!

El comisario permaneció impasible, pero Lenoir miró a Brand con sorpresa.

—Bien —dijo, titubeando—, no me parece que todo esto tenga un aire muy regular. Yo vine con un propósito determinado, y si hay algo personal entre ustedes será mejor, Brand, que se mantenga usted aparte.

—¡Aparte! —asintió Muller—. ¡Llévenselo, llévenselo de aquí! ¡Es un mentiroso y un asesino!

Brand sonreía.

—De modo que admites haber intentado matarme esas dos veces.

—¡Yo no admito nada!

Las manos del americano volvieron a actuar.

Aullando, tambaleándose, loco de terror, Muller retrocedió. Encontró la butaca donde había estado sentado y se derrumbó en ella.

—¿No se propasa usted, Brand? —insistió Lenoir en tono alterado.

—¡Cállese! Es Muller quien habla.

—Lo sabe —gimoteó el alemán—. Lo sabe perfectamente... Himmel, esto es una ignominia...

—¿Qué es lo que sé?

—Una ignominia...

Brand le cruzó la cara con un tremendo bofetón.

—Hablemos claro, Muller. Tú estabas anteayer con Rudy Hansen en Montmorency. Hay testigos que te vieron subir a su coche. Emprendisteis juntos el regreso a París, pero antes de llegar a Saint Denis, Rudy ya había muerto. Tú le mataste con su propia pistola, arrojaste su cuerpo a un barranco y diste un rodeo para dejar el coche en Saint Germain en Laye. Ahora bien, eso no es más que el desenlace de otra historia, y esta historia la quiero conocer: tu relación con Rudy, con Hastings, tu venida de Francfort, tu intervención en el negocio que Rudy había planeado, ¡todo! ¿Lo entiendes bien? Te concedo un minuto antes de que empieces a contarla. Dentro de un minuto comenzaré otra vez a operar yo.

Muller ya no protestaba. Estaba inmóvil, hundido en la butaca, silencioso, con los ojos cerrados.

Transcurrieron unos segundos.

—Eres listo como el diablo, Brand —dijo el gordo al fin.

Brand enderezó la espalda y suspiró.

—¿Vas a hablar?

—Contaré la verdad. No creo que te guste... ¡Oh, muy bien, muy bien! Hay tres cosas en el mundo que no soporto, el dolor físico, el frío y el hambre. Tú ganas. Oirás la verdad si aceptas el riesgo de oírla.

Brand miró perplejo al alemán.

—¿A qué cuerno te refieres?



*Cayó en difícil posición.*

Manteniendo los ojos cerrados, Muller declaró:

—Hace unas semanas, el mismo día que Rudy Hansen regresó a París, me enteré de lo que había hecho: robar en la base de Krechovia el secreto de los cohetes astronáuticos rusos. Era un golpe formidable, la mayor hazaña desde que los agentes rusos os robaron a vosotros la bomba atómica. Podía haber en juego una fortuna, y una parte de ella podía ser para mí si presionaba convenientemente a Hansen. Presionarle era fácil: yo disponía de un arma contra él, en realidad, caso de necesitarlas, hubiera

dispuesto de una docena. De haberlo yo querido, antes de gastar un solo billete de los que calculaba cobrar se hubiera encontrado Rudy en la cárcel y enfrentado a la amenaza de una condena a muerte.

—¿Hansen? —preguntó inopinadamente Lenoir— ¿Una condena dictada por un tribunal francés? ¿Por qué delito?

El alemán abrió los ojos para mirarle.

—Olvidelo. Ha muerto de todos modos.

—El eterno método Muller —dijo Brand—. Sigue contando.

Muller resolló.

—Muy bien. Escribí a Rudy anunciándole lo que le esperaba, me puse en contacto con mi viejo amigo Soufflot para tener aquí una base de operaciones segura y vine a París después de haber tanteado el terreno cerca de los rusos. Yo no quería intervenir en el negocio que pudiera haber proyectado Rudy, que sería sin duda vender su secreto a los americanos. Mi idea era dejarle que lo vendiese si gustaba, pero sin que el hecho trascendiese por el momento. Mientras tanto, yo me había comprometido con los rusos a rescatar y devolver el documento a cambio de una discreta remuneración y determinados favores. Era claro como el agua. Rudy había sacado de Rusia un microfilm. Bastaba con que les vendiera a ustedes una copia y se embolsara íntegro su beneficio; yo me embolsaría el mío devolviendo a los rusos el original. Me tenía sin cuidado que el engaño terminara en el futuro por ser descubierto. Centenares de engaños lo han sido, ¿y qué?

—¡Todo eso es mentira!

—Es la pura verdad, Brand.

—Tú visitaste al coronel Hastings. ¿Por qué?

—Le visité para amenazarle, para decirle que tendría guerra si la deseaba. Hastings, por un motivo que ignoro, me seguía los pasos, y sus hombres habían intentado matarme apenas llegué a París. Fui directamente a su encuentro para aclarar las cosas y meterle en cintura.

—Pero no lo conseguiste.

—No. Para conseguirlo necesito tiempo.

—Hastings temía probablemente que Rudy le traicionara asociándose contigo. Parece que sin su colaboración Rudy no hubiera obtenido nada en Rusia.

—¡Su colaboración! ¿Ha dicho él eso?

—Sí.

—Es falso, es ridículo, es infantil. ¿Para qué necesitaba Rudy la ayuda de un fantoche como Hastings? Te aseguro yo que no, y cuando yo te lo aseguro puedes creerlo.

Brand se encogió de hombros.

—Tu palabra vale menos que un puñado de basura. Hastings te ha declarado la guerra, te ha obligado a encerrarte entre estas paredes y habría ya asaltado la casa si no se lo hubiéramos impedido nosotros. ¿Por qué? Yo te lo diré, Muller. Porque tú has matado a Rudy Hansen para arrebatárle el negocio, y él, que tenía parte en éste, no tolera que matando a Rudy se lo hayas estropeado.

Entre los párpados entornados los ojos del alemán emitieron un destello.

—Brand, te he prevenido de que diría la verdad.

—¡Basta de subterfugios!

—Como quieras. No fui yo quien mató a Rudy Hansen. —Los párpados se abrieron, y la mirada de Muller fue a Simpson, a Lenoir, a Delessert, para volver de nuevo a Brand—. Fuiste tú.

Hubo un silencio.

—Has dicho antes que no resistes el dolor físico —recordó Brand ominosamente.

—Me retractaré si me pegas, mentiré para complacerte, pero fuiste tú, tú, ¡tú! ¡Maldito asesino! Fuiste tú quien anteayer me echó el negocio al agua cuando ya estaba todo preparado. ¡Y preguntabas por qué he intentado matarte! ¡Cincuenta veces lo intentaría, Brand! Aunque yo no encuentre el microfilm de Rudy, te mataré si puedo con tal de evitar la menor probabilidad de que lo encuentres tú...

La voz fría de Simpson intervino:

—Brand, lamento decirle que en mi opinión ese hombre es sincero.

—Salta a la vista que lo es —corroboró Lenoir.

Brand les miró impasible a los dos, y al erguido y silencioso comisario. Luego, mordiéndose los labios, se volvió de nuevo a Muller.

—No me acusarás sin una base, supongo. Tú viajabas en el coche de Rudy. ¿Vas a afirmar que me viste matarle?

—Yo viajé en el coche de Rudy trescientos metros: desde el café donde nos reunimos hasta la plaza de la estación.

—¿Y bien?

—Me lo dijo Greta Hansen.

—¡Greta! —exclamó Brand—. ¿Qué sabe ella? ¡Un momento! ¿Greta estaba también en Montmorency?

—La encontramos en la plaza de la estación. Allí descendí yo del coche. Volví a París en el mío, que conducía Fritz, uno de mis muchachos. Dejé a Rudy con su esposa y nunca más he vuelto a verle.

—¿No estarás inventando todo eso?

—Pregúntale a Greta.

—Greta ha desaparecido.

—¿Desaparecido? Está aquí.

—¿Dónde?

—Aquí —dijo alguien.

Brand giró sobre sus talones.

Cansada, marchita, triste, con la belleza de un paisaje otoñal, Greta Hansen le miraba desde una de las puertas laterales de la sala.

—¿Qué hace usted en esta casa?

—No culpe a Hans —respondió ella a media voz. Avanzó unos pasos—. He venido a pedirle que me saque de París y me oculte en alguna parte por algún tiempo; le he contado que tenía miedo de usted. Y lo tenía en realidad, señor Brand. Necesitaba huir. Ahora sé que no deseaba sino huir de mí misma, y es inútil. Prefiero afrontar las consecuencias.

Brand apretó los puños.

—¿Mató usted a su marido?

—Sí.

La respuesta había sido débil, pero clara.

—¿Y a Emmy Sheridan?

—Sí.

Delessert echó a andar hacia la mujer. Ella le rechazó con un ademán y continuó avanzando a través de la sala, sin prisa, con

inimitable elegancia. Se detuvo junto a la mesa para servirse una copa de coñac. Bebió un sorbo.

Los cinco hombres la miraban fascinados.

—El tiempo puede destrozar el más bello romance de amor —dijo, sin dirigirse a nadie, fija la mirada en su copa—. Los años son implacables, la convierten a una en una vieja cuando el corazón es joven aún. Yo... sabía que no podía luchar. Un día u otro el hombre más superior, más cerebral y comprensivo cede a la atracción de un cuerpo joven y hermoso. En otra época, Rudy hubiera ido a Rusia y realizado su máxima hazaña por mí; esta vez lo hizo por otra mujer. Para ella quería la vida, el dinero, todo. Yo lo sabía que pensaba en ella, no en mí, cuando proyectaba adquirir una casa en el campo. Estaban citados en Montmorency aquella tarde para verla juntos. Fue... No lo sé, fue la crisis, una alucinación, un arrebato. Corrí al estudio y la mate. Llegué a Montmerency no sé cómo, empleé una hora en buscar a Rudy y al fin creo que le encontré por casualidad. El retrato, su retrato, pintado por aquella mujer, me había enloquecido... Él se dio cuenta de lo que me pasaba. Por el camino intenté apuñalarle con la daga guardaba en el bolso, la que me había llevado casa y utilizado para... Bien, Rudy me la arrancó de la mano y la arrojó por la ventanilla. Pero él tenía una pistola. Esperé. Cuando ya me creía tranquila se la quité. Todo ocurrió en un instante... Estuvimos a punto de estrellarnos. Disparé, no recuerdo, dos o tres veces. Luego detuve el coche al borde de la carretera, al extremo de un puente, y empujé fuera el cuerpo de Rudy. Tomé el volante. Seguí adelante sin rumbo, conduciendo maquinalmente, ignoro por cuánto tiempo, hasta que no pude más. Me hallaba en las cercanías de un bosque. Abandoné allí el coche. El lugar era Saint-Germain-en-Laye, según descubrí momentos después. Regresé a París en un autobús; y se lo juro, hasta que me encontré de nuevo en casa, sola, irremediablemente sola, no me di cuenta exacta de lo que había hecho...

Greta levantó la copa y apuró su contenido.

—Lamentable —dijo Brand—. No la hubiera creído capaz de eso. Tenía otro concepto de usted, Greta.

Delessert, con discreción, vigilaba a la mujer. Lenoir estaba perplejo. Simpson miraba al suelo con el entrecejo fruncido.

Pero Hans Muller temblaba. De rabia, de odio, de

desesperación. Sus gordas y blancas manos se crispaban sobre los brazos de la butaca.

—¡Perra! —chilló súbitamente, en alemán—. ¡De modo que fuiste tú! ¡Tú le mataste y lo estropeaste todo! Y encima me engañaste, y me has llevado de la nariz como a un tonto, y has venido a pedirme ayuda. ¡Con todo lo que he hecho siempre por ti, maldita perra!

—¡Cállese! —ordenó Brand.

Greta movió cansadamente la mano.

—Déjele. A fin de cuentas tiene razón. —Miró a Muller—. Lo siento, Hans. Preferí terminar de una vez con todo. La idea de que aquello representaba la mayor hazaña de Rudy, y que sin embargo su hazaña había sido inspirada por otra mujer; de que aquello valía una fortuna, y que, sin embargo, no era yo quien debía gozar de ella... La idea me sublevaba. No sentía más que asco.

Muller abrió la boca como si se ahogara.

—¿Qué? —articuló.

—¿De qué está usted hablando? —inquirió Brand.

La mujer depositó sobre la mesa la copa vacía y se volvió a él.

—Del microfilm que Rudy trajo de Rusia. Era horrible, créalo. No sé si fue cinismo, no sé si fue inconsciencia... Rudy me lo había dado a guardar a mí. Y yo lo sabía todo, sabía que aquella mujer...

—¿Qué ha sido de ese microfilm?

Lenoir avanzó apresuradamente.

—¡Un momento!

Brand le gritó:

—¡Déjela que lo diga, imbécil! ¿Qué ha sido del microfilm, Greta?

—¡Perra! —gemía Muller—. ¡Perra, perra, perra!

—Aquella noche —dijo Greta—, lo primero que hice al llegar a casa fue destruirlo. Lo quemé en la cocina.

\* \* \*

Simpson, con sus finas maneras de diplomático, sosteniendo los cubiertos entre sus largos y elegantes dedos, cortó una tajada de filete.

—Mujeres —refunfuñó.

Mujeres.

Brand miró a lo largo del brillante y concurrido snack-bar. Las mujeres abundaban. Bellas, distinguidas, vestidas a la última moda. Salían del teatro, el cine, de algún concierto. Era la hora. Una copa, bocado antes de regresar a casa, o antes de terminar la noche bailando en cualquier parte. Los hombres se ufanaban de su compañía, se pavoneaban alrededor.

Mujeres.

Un día se rompía algo dentro de ellas, algo, un freno, una válvula, y hacía explosión el volcán. De la belleza y la distinción, de los vestidos a la última moda, de los peinados exquisitos, de aquella seductora fachada no quedaba entonces ni rastro.

Brand bebió un sorbo de vino.

—¿Qué importa ya? Para Muller ha sido uno más de sus cochinos negocios que esta vez ha fallado; para los rusos, un golpe de suerte; para nosotros, una ocasión perdida y el ahorro de cinco millones que mejor empleados estarían en una obra de caridad. Pero trate usted de pensar en lo que todo esto ha sido para Greta.

—Por desgracia carezco de sentido dramático.

—No es cuestión de sentido dramático. Greta es una mujer de calidad, una escritora, una artista. Su vida con Rudy representaba la plenitud, y de pronto todo se ha derrumbado y ella se ha encontrado en el más completo vacío. La tragedia la ha afectado más que a otra persona, mucho más; por sí misma, y por ser Rudy como era. Perderle a él no debió de ser como perder a otro hombre.

Simpson mascaba el filete con fruición.

—Greta pudo considerar eso antes de matarle.

—Para entonces ya le había perdido.

—¡Brand, por favor! Detesto los crímenes pasionales y las vulgaridades de todas clases. El hecho concreto es que los celos de una mujer neurótica nos han privado de algo cuya posesión podía haber cambiado el curso de la historia; un secreto por el cual hubiéramos pagado cinco millones de dólares y que valía diez veces más. Calcule el ahorro que para la NASA (1) representaría disponer de un carburante y un mecanismo propulsor eficaces, considerando solamente los lanzamientos fallidos, las pérdidas de proyectiles y las explosiones en la plataforma de despegue que se evitarían por no hablar del tiempo y el esfuerzo que costaría producir los mismos o parecidos elementos propulsores en nuestros laboratorios. Cinco

millones de dólares los vale ya uno cualquiera de los innumerables fracasos que por insuficiencias técnicas hemos sufrido hasta ahora. Y que seguiremos sufriendo por culpa de las aberraciones sentimentales de Greta Hansen.

**(1) En Estados Unidos, siglas con que se designa la Administración Nacional de la Aeronáutica y del Espacio.**

—Sí, muy bien —dijo Brand con hastío—. Su punto de vista es el correcto. Saboree su filete y no hablemos más del asunto. Estoy harto.

Cerró los ojos.

Podía oír aún dentro de su cabeza el eco de los desesperados chillidos de Hans Muller: «¡Perra, perra, perra!» Era el momento en que todo había terminado. Después de aquello, Greta había quedado a cargo del comisario Delessert, el capitán Lenoir se había ocupado de Muller, Soufflot y sus hombres, y los agentes de la Policía Judicial habían procedido a registrar la casa.

Él se había lavado las manos. ¿Ya para qué?

Se marchó de allí en compañía de Simpson. Dos de los hombres de éste aguardaban por los alrededores el desarrollo de los acontecimientos, uno en la misma calle, otro en un bar de la Avenida Verdun, junto al teléfono. En el coche de ellos abandonaron los cuatro Issy-les-Moulinaux.

¿Ya para qué?

Ahora, en el elegante snack-bar de la Avenida de la Opera, despachando con Simpson una ligera y tardía cena, Brand hallaba en cuanto probaba el gusto amargo del fracaso y la frustración.

Cinco millones de dólares, los intereses de la NASA, el curso de la historia, las aberraciones sentimentales de una mujer neurótica. Sí, por supuesto, a Simpson le asistía la razón. Lo demás era cuestión de sentido dramático.

Había terminado todo.

Brand suspiró.

El snack-bar se veía por momentos más concurrido y animado. Detrás de donde Simpson engullía los últimos bocados de su jugoso filete, un camarero descorchaba para un grupo de dos hombres y dos mujeres una botella de champaña. Trajes oscuros de sobrio corte inglés, modelos de alta costura, joyas, perfumes. Sonrisas.

Dos pollos giraban ensartados en el asador infrarrojo.

Pollo asado y champaña.

Brand enarcó las cejas.

¿Había terminado todo realmente?

—Se lo dije a Muller —declaró a media voz—: a veces me falla la memoria...

## CAPÍTULO VIII

LLAMARON a la puerta.

La mano con que Brand sostenía el vaso acusó un ligero estremecimiento. La llamada había sonado en el instante preciso en que cerraba el mueble-bar. Fue totalmente inesperada, y sus ecos resonaron de modo inquietante entre las paredes de aquella casa donde ya no habitaban más que sombras.

Brand se mordió los labios y miró en torno.

Debía adoptar inmediatamente una resolución.

Mal momento para intrusiones. Hubiera podido ser peor, pero era de todos modos mal momento.

Apoyó la mano izquierda en el envoltorio que depositara sobre el mueble-bar para escanciarse el whisky. El papel de embalaje mostraba a las claras que había sido usado anteriormente. Era blanco y verde, con la inscripción *Dumas, Fils et Cie* repetida una y otra vez a manera de orla. La llamada volvió a sonar.

Brand dejó el vaso, tomó el paquete y se asomó al estudio, luego al dormitorio, luego al cuarto de baño. Entró en éste, depositó el envoltorio en el suelo, junto a la bañera, y lo cubrió con una toalla.

Cuando abrió la puerta se llevaba a los labios el vaso de whisky. Por encima del borde de cristal halló su mirada dos rasgados y oscuros ojos, un rostro de exóticos pómulos y apasionada y enigmática belleza, unos carnosos y tentadores labios.

—Esperamos no molestarle, señor Brand.

Retrocedió para dejar franco el umbral. Sólo la leve rigidez de su cuerpo hubiera podido traicionar la violencia de sus emociones.

Apartó el vaso de su boca y sonrió.

—Por cortesía diré que no me molestan.

Con su ondulante y felino paso, Irina Kossomova entró en el apartamento. La seguía un hombre de cabeza ancha, corpulento, vestido de oscuro, solemne, de rostro inexpresivo y ojos azules.

—Le presento a Boris Yupovin, un compañero. —Irina miraba en torno con curiosidad—. Su cortesía es de agradecer, señor Brand, pero en realidad, si le molestamos, no le queda otro remedio que aguantarse. Esta casa no es suya. Tiene tanto derecho a estar en ella como nosotros.

—No lo discuto.

Yupovin no había hecho el menor ademán ni emitido el más ligero sonido. Después de haber entrado cerró la puerta y se apoyó en ella de espaldas.

La muchacha continuaba examinando los cuadros, rozando las tapicerías con las yemas de los dedos, mirando acá y allá.

—¿Puedo preguntarle qué estaba usted haciendo? —inquirió.

—No es ningún secreto. Yo tenía a Rudy Hansen en gran estima. He venido, simplemente, a recordar y soñar.

—¿Soñar usted? —rio la joven—. Más bien parece que ha venido a beberse su whisky.

—Todo ayuda.

—Quizá.

Irina dio por terminado su paseo alrededor de la sala. Fue a sentarse en un sofá tapizado de raso, cruzó las piernas a su manera peculiar y miró a Brand con risueños ojos. Su atractivo era una cualidad casi material, casi física, como si tuviera al poder de acariciar a través de la distancia con una mano invisible.

Brand sintió aquella caricia fantasmal y se le erizaron los cabellos de la nuca.

—Es un honor para mí que esta vez no haya corrido el riesgo de quedarse a solas conmigo —dijo burlonamente—. Su amigo Yupovin parece muy capaz de evitar que se hiera usted con sus propias armas... ¿O son sus jefes quienes no quieren que corra ese riesgo?

—Dejemos esa cuestión aparte. Fue solo un experimento.

—¿Le sirvo algo de beber?

—No, gracias.

—¿Le apetece escuchar un poco de música? El pobre Rudy era un apasionado de Vivaldi...

—No.

—Muy bien, acomódese entonces, haga lo que le venga en gana. Rudy ha muerto y Greta está detenida. Nadie nos estorbará. Tenemos todo este lujo decadente a nuestra disposición. Un escenario maravilloso... si despidiera usted a Yupovin.

Irina, pensativa, balanceaba una pierna. Preguntó:

—¿Qué oculta usted, señor Brand?

Él bebió un sorbo de whisky.

Se aproximó al sofá y miró a la muchacha a los ojos.

—Hay algo muy malo en nuestra profesión, querida. Su práctica despierta el hábito de no aceptar nunca las cosas como son, de buscar constantemente su doble sentido y de interpretarlas del modo más bajo y mezquino posible. La última vez que nos vimos creía usted que nosotros, los americanos, teníamos en nuestro poder a Rudy Hansen y que habíamos conseguido ya de él los documentos que sustrajo en Krechovia. Por mi parte creía yo que la conducta de usted estaba disimulando sus verdaderas intenciones, y pensé que mi creencia se confirmaba cuando, después de su partida, encontré en el diván de mi apartamento una bomba-reloj. —Irina pestañeó—. Ambos nos equivocábamos —añadió Brand. —La bomba no la había colocado usted, sino otra persona, y Rudy Hansen estaba ya muerto y el microfilm de los documentos había sido destruido. Este asunto ha quedado liquidado. Permítame que felicite a ustedes por su buena suerte, y no hablemos más de ello. Si desea que pasemos juntos un rato agradable, conforme por mí; si no, despidámonos como amigos. Es ridículo prolongar entre nosotros la tensión y las suspicacias.

Hubo un breve silencio.

—Me gusta usted —dijo Irina a continuación.

—¿Eso qué significa? ¿Qué demonio puede significar con su amigo Yupovin ahí plantado?

La muchacha rio.

—¡Ah, señor Brand, qué delicioso! Ha sido una maniobra muy hábil.

—No comprendo.

—Por favor, no me tenga por estúpida. La noticia de que Greta Hansen mató a su marido y a la pintora Emmy Sheridan en un arrebató de celos, y que para colmo destruyó el microfilm que Rudy había conseguido sacar de Rusia, ha llegado efectivamente a nuestros oídos. Estamos todos de acuerdo en considerarla una historia muy bien tramada para encubrir la verdad.

El rostro de Brand se había ensombrecido.

—No sabe cuánto lamento que piense así. Si nos juzga capaces de haber asesinado a dos personas para montar una farsa que nos protegiese de...

—No digo tanto. Es posible que hayan hecho eso, no lo sé. Pero aprovechar los dos asesinatos y los celos frenéticos de Greta Hansen para intercalar el detalle de la destrucción del microfilm es perfectamente lógico.

—Ya veo —murmuró Brand.

—Por desdicha —agregó la joven con suavidad—, nosotros somos personas muy incrédulas: no podemos considerar destruido ese microfilm si su destrucción no se produjo en nuestra presencia. Oficialmente sigue existiendo. Por tal razón señor Brand, hemos continuado vigilándole a usted, hemos seguido sus pasos y estudiado su conducta, a pesar de que la desagradable aventura de Rudy Hansen en Krechovia pareció terminar definitivamente anoche en Issy-les-Moulineaux de manera muy afortunada para nosotros. Demasiado afortunada sería acaso la expresión correcta.

—Absurdo, querida.

—Diga lo que quiera. El caso es que está usted aquí, en el apartamento de los Hansen, donde se ha introducido forzando la cerradura. Un proceder lo bastante irregular como para que nos haya inducido a venir también y averiguar qué puede en esta casa atraer su atención.

Brand se encogió de hombros.

—Lo ha averiguado ya.

—No.

—Algunas personas nos sentimos a veces sentimentales.

—Algunas. Usted no.

—¿Cómo podría convencerla?

—No podrá.

—Nena, todo esto es ridículo. Si se empeña usted en atribuirme ideas, propósitos, intenciones y actas que sólo existen en su imaginación y a los que soy ajeno por completo, terminaremos por entendernos menos qué si habláramos idiomas distintos. —Brand apuró con resolución su vaso de whisky—. Le propongo que salgamos de aquí, que nos marchemos a cualquier otra parte. Quizá en un ambiente menos morbosos vea usted las cosas más claras.

—Todavía no —dijo apaciblemente Irina. Tocó con la mano el espacio libre que junto a ella quedaba en el diván—. Venga acá, señor Brand. Está un poco nervioso. Siéntese a mi lado y cuénteme amistosamente por qué razón ha venido a esta casa.

—¿Volvemos a empezar?

—No hemos empezado aún. ¡Oh, por cierto! Boris Yupovin no ha venido conmigo para protegerme contra sus varoniles dotes de seducción, le he traído por si se negaba usted a contarme esas cosas por las buenas. Es un hombre muy eficiente en su estilo.

Brand dijo con amargura:

—Repito que lamento que piense usted así, Irina. Pudimos ser buenos amigos; ahora ya todo se ha echado a perder. —Respiró profundamente—. Llame a Yupovin. Dígame que se acerque.

—Reflexione primero.

—Es inútil. Usted misma nos ha colocado en un callejón sin salida a los dos. Tiene medios sobrados para comprobar que las declaraciones de Greta Hansen no han sido falseadas, que ella mató realmente a su marido, que destruyó el microfilm, que no ha habido en esto truco de ninguna clase. Si no quiere hacerlo, allá usted. Si su mentalidad le impide admitir que las cosas son como son; si no puede usted comprender que un hombre que ha jugado una partida y la ha perdido, como yo, guste de refugiarse un rato entre estas paredes para dejar volar la fantasía; si es usted tan inaccesible a las debilidades humanas, y le aseguro que la compadezco, terminemos de una vez. Llame a Yupovin.

Irina sostuvo un momento la mirada del americano.

Luego llamó:

—¡Boris!

Brand se apartó del sofá y cerró los puños. El hombre acudió desde el inmediato vestíbulo.

Se detuvo a cierta distancia. Aguardó.

—Puedes marcharte, Boris —le dijo en francés Irina—; no te necesitaré. —Alzó hacia Brand un rostro sonriente—. No soy inaccesible a las debilidades humanas, señor Brand. Lo que ocurre es que no concibo que un agente americano ceda a ellas, ni mucho menos que actúe bajo impulsos sentimentales. Pero quizá sea usted la excepción.

El la miró atónito, todavía con todos los músculos tensos, pendientes de Yupovin, que titubeaba antes de retirarse.

—¿Eso significa que cree cuanto le he dicho?

—Me aventuro a creerlo —asintió ella. Hizo una nueva seña al ruso—. Márchate, Boris. Estorbas aquí.

Yupovin dio media vuelta, impasible.

Comenzó a alejarse.

Brand exhaló el aliento.

Y un violento estampido sacudió entonces el ámbito de la sala, reventando los cristales de las ventanas e impulsando a través del apartamento un chorro de aire ardiente.

Irina saltó del sofá.

—¿Qué ha sido eso?

La explosión se había producido en el vestíbulo. Brand miró hacia allí. Vio la puerta exterior hecha astillas. Vio que la onda expansiva había derribado a Yupovin.

Tuvo una aguda premonición de lo que ocurriría, y al instante salió de entre las astillas y el humo la bizarra y aristocrática figura del coronel Hastings. Los soldados alemanes, quince años antes, debieron de verle surgir muchas veces de aquel modo cuando se lanzaba al asalto a la cabeza de su unidad de paracaidistas.

Oyó su carcajada y su vibrante voz:

—¡Métodos fuertes! ¡Adelante, mucha...!

Yupovin, en el suelo, había sacado una pistola.

Su disparo truncó en seco el grito de Hastings. La bala perforó su cabeza. El coronel abrió los brazos, se asemejó por un instante a un espantapájaros, giró en redondo y cayó como aplastado por una garra gigante.

—Dios —murmuró Brand.

Los hombres de Hastings irrumpían a través de la puerta

vaciando sus armas contra Yupovin. El cuerpo de éste comenzaba a estremecerse bajo el impacto de los proyectiles. El estruendo era ensordecedor.

El americano se volvió a Irina, que presenciaba la escena muda de asombro, blanca como el papel. La asió del brazo y echó a correr arrastrándola consigo a través de la sala. Una bala se incrustó en la pared, muy próxima. Otra perforó el tapizado respaldo de una silla. Brand condujo a la muchacha al cuarto de baño, la empujó al interior y cerró con pestillo la puerta.

—¡Oh, Brand! —gimió ella—. ¿Qué era...? ¿Quién...? ¡Boris! Le han...

—Cállese —dijo fríamente él.

Abrió la ventana y miró al exterior.

Un patio.

Estaban en el primer piso y la altura hasta el fondo no era muy grande. Brand suspiró con alivio.

Luego se volvió a la muchacha, la tomó en brazos y la sentó en el alféizar.

—Tiene que saltar. Cuélguese de las manos y déjese caer. Lo más probable es que se rompa una pierna, pero si se queda aquí será peor.

Ella miró abajo. Y de pronto apareció en sus labios una tranquila sonrisa.

—¿Me ha tomado por una señorita burguesa? Le dije que soy especialista en muchas cosas.

Alguien golpeó la puerta furiosamente.

—Está bien. Salga del patio por donde pueda y lo antes posible. Yo la seguiré. No se detenga hasta la calle.

Irina saltó sin vacilar.

Brand aguardó un instante, hasta comprobar que caía de pie y echaba a correr sin novedad a través del patio. Luego se agachó, tomó el paquete que dejara anteriormente junto a la bañera y lo envolvió en la toalla.

Al otro lado de la puerta sonó un tiro, e inmediatamente otro. Las balas astillaron la madera junto al pestillo.

Brand trepó al alféizar y se dejó caer apretando contra su pecho el envoltorio. Le sorprendió, apenas hubo llegado abajo, oír a corta

distancia una sucesión de disparos semejantes a ladridos agudos.

—¡Irina!

—Estoy bien —respondió la voz serena de la joven—. He disparado contra la cerradura de una puerta.

El ocultó el paquete a su espalda.

—Siga. La calle se llenará de gendarmes. Huya usted por su lado, yo lo haré por el mío. Llame por teléfono a mi casa cuando haya llegado a lugar seguro.

Había en el patio una puerta abierta, luego un corto tramo de pasillo y a continuación la puerta cuya cerradura acababa de saltar la muchacha. Brand alcanzó a ver cómo Irina guardaba en su bolso un pequeño revólver. Deseó con todas sus fuerzas que ella no se detuviera a esperarle.

No lo hizo. Caminaba ya. Volvió la cabeza para sonreírle, saludó con la mano y echó a correr.

Toda la casa estaba en conmoción.

Brand ya no tenía prisa. Arrojó al suelo la toalla y se guardó el paquete en el interior de la chaqueta, oprimiéndolo con fuerza con el antebrazo. El bulto era poco aparente.

De este modo prosiguió su camino, rebasó las instalaciones de la calefacción del edificio, halló un tramo de escaleras ascendentes y desembocó en el vestíbulo principal. Había curiosos procedentes de la calle, dos gendarmes que en aquel momento se lanzaban escaleras arriba. Se oían gritos en los pisos altos. Probablemente los hombres de Hastings se encontraban todavía en el apartamento, y si era así los gendarmes recibirían una desagradable sorpresa.

En un segundo ganó la puerta y salió a la calle. Hasta ésta se extendió la confusión provocada por el tiroteo. No se veía el menor rastro de Irina Kossomova.

Una sonrisa melancólica distendió los duros rasgos de Brand.

Silbaba tranquilamente cuando tomó asiento ante el volante de su coche y puso éste en marcha para alejarse de allí.

\* \* \*

Alto, pálido, rubio, Simpson estaba en el umbral.

—No entiendo una palabra —dijo a modo de saludo—. ¿No pudo usted ser más claro en sus explicaciones?

Brand mantuvo abierta la puerta de su apartamento, y con la

mano en que sostenía un vaso le invitó a que entrase.

—He preferido que lo viera con sus propios ojos —replicó.

Cerró la puerta.

Simpson le miraba perplejo.

—O se ha emborrachado usted, o algo raro le ocurre.

—Quizá ambas cosas. ¿Le apetece un trago?

—Vamos, Brand... Lo sucedido no fue como para que lo tome usted así.

—Pregunto si le apetece un trago.

—Sí, por supuesto.

Los dos hombres entraron en la sala de estar.

Brand preparó un whisky con soda y hielo. Antes de entregarlo a Simpson abrió un armario, tomó una caja y la depositó en la mesa junto con el vaso, a un palmo de un envoltorio de papel blanco y verde con una orla que rezaba: *Dumas, Fils et Cie*.

Alzó la tapa de la caja y extrajo una pequeña lámpara de forma peculiar. Simpson la miró frunciendo el entrecejo.

—¿Sabe lo que es esto?

—Naturalmente.

—¿Y bien?

—Una lámpara de luz infrarroja.

Brand asintió.

—Bébase el whisky.

—¿Qué demonio se propone?

—Digo que se beba el whisky. Lo necesitará.

Simpson obedeció.

Cuando hubo apurado la mitad del vaso, Brand había conectado la lámpara y deshacía el envoltorio de papel blanco y verde.

Dentro había una colección de rectángulos de vidrio.

—Pero eso... —articuló Simpson—. Usted...

Sin una palabra, Brand levantó uno de los rectángulos y lo colocó ante la lámpara.

¡El vidrio se llenó de caracteres! ¡Un texto mecanografiado en alfabeto ruso!

—Sí, querido —suspiró Brand—. Son los documentos que Rudy Hansen robó a Krechovia. Y no me han costado ni un centavo.

Simpson tragó saliva con dificultad. Vacío el vaso de un trago.

—Santo cielo. ¿Es usted brujo?

—No.

—¿De dónde ha sacado esos vidrios?

—De una puerta del apartamento de los Hansen.

—¡De una puerta!

Brand tomó el vaso de la mano de Simpson y fue a llenarlo nuevamente. Al regresar halló a su compañero comprobando uno por uno los rectángulos de vidrio ante la lámpara.

—La primera vez que visité el apartamento después de la desaparición de Rudy —explicó—, observé dos cosas que entonces carecían para mí de significado y a las cuales no concedí la menor importancia. Una fue que la puerta vidriera que separa el vestíbulo de la sala de estar había sido recientemente restaurada: la masilla todavía fresca indicaba que algunos de los rectángulos de cristal fueron renovados. Otra fue un papel de envolver, éste. Procedía evidentemente de un paquete comercial y había sido plegado con objeto de guardarlo para cualquier uso doméstico, como se suele hacer. Mi atención se distrajo en aquel momento, pero mi subconsciente retuvo la marca que puede leerse en esta orla: *Dumas, Fils et Cie*. Hasta anoche, y casi por casualidad, no recordé que la casa Dumas se dedica a trabajos fotográficos de precisión, especiales, científicos y de laboratorio; es la más importante de Francia en su género. —Brand se encogió de hombros—. Usted sabe cómo ocurren estas cosas. El recuerdo, y con él la clave de este hallazgo, vino a mí en el snack-bar donde cenamos al regresar de Issy, viendo dos pollos que giraban ensartados en un asador infrarrojo.

—Santo cielo —repitió Simpson con voz velada. —Está claro que Rudy, acosado por los rusos, por Muller, por Hastings, por los Czudic y por quién sabe cuántos más, ideó este sistema para poner su secreto a salvo. No se fiaba de nadie, ni siquiera de su mujer, a quien entregó el microfilm original después de haberlo hecho reproducir por Dumas en placas de vidrio sensible al infrarrojo. Con luz normal, nadie hubiera descubierto jamás que las puertas de su sala de estar valían cinco millones de dólares. Debió de efectuar el cambio de los vidrios la mañana del día de su muerte, bien en ausencia de Greta, bien habiendo tomado previamente la

precaución de fingir un accidente, un descuido, y romper los rectángulos originales, circunstancias que hubiera justificado la reparación. Y sólo una negligencia momentánea, explicable por lo inmediata que fue su muerte, hizo que el papel en que estuvieron envueltos los vidrios sensibles quedara a la vista sobre una mesa.

—¿Cuándo ha ido usted a buscarlos?

—Acababa de regresar cuando le he llamado a usted pidiéndole que viniera. Pero no ha sido fácil, Simpson.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, porque los agentes rusos desconfiaban de que Greta Hansen hubiera destruido el microfilm, me seguían los pasos, y han acudido al apartamento casi en el instante en que yo acababa de desprender el último vidrio y recoger del suelo los restos de masilla, cuando recién había envuelto las placas y estaba confortándome con un trago. He ocultado el envoltorio, pero los rectángulos vacíos de la puerta estaban a la vista y podían sugerir la verdad.

—No obstante, se ha deshecho con bien de los rusos.

Brand movió negativamente la cabeza.

—Había conseguido desvanecer las sospechas que les infundía mi presencia en la casa, sólo que no me he deshecho de ellos yo. Ha sido Hastings.

—¿Hastings? ¿Qué demonio...?

—No lo sé. Supongo que como yo y como los rusos, él no se daba por satisfecho. Conocía a Rudy, conocía sus inmensos recursos. Probablemente, a pesar de lo que ocurrió anoche, continuaba vigilándome. Ha irrumpido en el apartamento a su manera... Boris Yupovin, uno de los agentes soviéticos, le ha pegado un tiro. Sus hombres han acribillado a Yupovin. Yo he aprovechado la confusión para escapar.

Simpson ya no demostraba sorpresa.

—¿Eso ha ocurrido esta tarde?

—Sí.

—¿Ha muerto Hastings?

—Sí, Y tendrá usted que comunicárselo a su hija.

—¿Por qué no usted?

Brand hizo una mueca.

—Tengo... ciertos escrúpulos. No me llevo bien con las mujeres de su clase. La tarea es más propia de un hombre de su estilo.

—¿Tiene escrúpulos? —preguntó Simpson frunciendo el entrecejo.

—Déjmoslo. Beba su whisky. Lo necesitará también.

Brand desconectó la lámpara infrarroja, reunió las placas de vidrio y las envolvió de nuevo con el papel blanco y verde.

Simpson le observaba.

—Sigo pensando que a usted le ocurre algo anormal.

El agente le tendió el envoltorio.

—Tome. Desde el momento presente esto queda a su cargo, bajo su custodia y responsabilidad. Transmítalo a Washington con mi dimisión.

Simpson dio un respingo.

—¿Su qué?

—Le he dicho que necesitaría el segundo whisky...

—¡Brand, usted está loco!

—Estoy cuerdo, querido. Se trata puramente de una cuestión de ética.

Simpson había perdido su palidez. Tenía el rostro encendido de rubor.

—¿A qué viene ahora la ética? Si es por la manera como hemos conseguido los documentos de Krechovia, si considera un robo lo que hemos cometido, permítame recordarle...

—No —dijo Brand con firmeza. Hundió las manos en los bolsillos y dio irnos pasos con la mirada fija en el suelo—. Resulta difícil explicarlo. Poco antes de que usted llegara me ha llamado por teléfono una mujer... Soy un hombre hecho, Simpson, no un colegial inexperto. He tropezado con mujeres a docenas. Sin embargo, me ha bastado hablar unos minutos por teléfono con ésta en particular para comprender que algo importante ha surgido entre nosotros.

Simpson cerró los ojos.

—Jesús, Brand, no me diga...

—Se lo estoy diciendo. Y no es culpa mía si, como declaró anoche, detesta usted las vulgaridades de todos clases.

Hubo un silencio.

Simpson, que parecía incómodo, preguntó:

—¿Eso qué tiene que ver con su dimisión y con la ética?

—Mi dimisión es imprescindible. Estaría mal visto...

—¿Por qué?

—Porque sé que esta mujer será en mi vida algo muy importante.

—¡Condenación! ¿Quiere usted hablar claro?

—Estoy hablando claro — dijo plácidamente Brand. Tomó su vaso y fue en busca del whisky. Por encima del hombro añadió—: La mujer se llama Irina Kossomova y ha sido hasta hoy una agente rusa.

FIN

*Seis años encerrado en Sing Sing son los suficientes para que un hombre inocente del crimen que se le imputa, tenga tiempo de sobras para planear una refinada venganza para los culpable de su desgracia. Y en cambio Patrick Harkness no quiso hacer eso, tan sólo intentó desmascarar a los verdaderos asesinos para entregarlos a la Justicia, pero...*



¡Lea la última novela policíaca, escrita por el popularísimo autor

**GEORGE H. WHITE**

Un título que pasará a ocupar un lugar preferente en su biblioteca

## **La muerta habló a tiempo**

¡Emocionante como ninguna, esta gran novela le causará sensación!

**COLECCION SERVICIO SECRETO**

la pondrá a la venta dentro de siete días

¡Haga reservar desde ahora su ejemplar!

Precio de venta: 6 ptas.

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva (antes Proyecto), 2 - BARCELONA

# BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

PRECIO: 6 PTAS.

**COLECCION "PIMPINELA"**

704 — Nylhama  
TU SERAS MI REINA

**COLEC. "MADREPERLA"**

600 — Corín Tellado  
EL PAPA DE SALLIE

**COLECCION "ROSAURA"**

544 — Isabel Irigaray  
NO ME DEJES, AMOR

**COLECCION "AMAPOLA"**

431 — Laura Tur  
EN EL ULTIMO INSTANTE

**COLECCION "ALONDRA"**

365 — Matilde Redón  
EL SECRETO DE JOY  
MARLOWE

**COLECCION "CAMELIA"**

306 — Vicky Lorea  
UN NOVIO ITALIANO

**COLECCION "CORAL"**

12 — Corín Tellado  
LEONOR

**COLECCION "BISONTE"**

645 — Meadow Castle  
NIEVE ROJA

**Col. "SERVICIO SECRETO"**

609 — Mark Halloran  
BALAS CONTADAS

**COLECCION "BUFALO"**

342 — Tex Taylor  
ESTRELLA DE CALIFORNIA

**COLECCION "CALIFORNIA"**

189 — Frank Spey  
LA VUELTA DE  
BILLY MORGAN

**COLECCION "TEXAS"**

210 — M. Lafuente Estefanía  
EL MISTERIO DE LOS  
CUSTER

**COLECCION "COLORADO"**

134 — Joe Sheridan  
HORDA DE FORAJIDOS

**COLECCION "KANSAS"**

100 — Keith Luger  
CARGAMENTO SINISTRO

**Col. "HEROES DEL OESTE"**

82 — M. Lafuente Estefanía  
¡SALTEADORES!

**COL. "ASES DEL OESTE"**

52 — Joe Sheridan  
LA LEY DE LOS DESESPERADOS

Las obras más selectas, los autores más populares  
la presentación más sugestiva, los hallará siempre  
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
Proyecto, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

COLECCION



# HIS- TO- RIAS

LA COLECCION MAS LEIDA EN TODOS LOS PAISES DE HABLA HISPANA

**TEMAS religiosos, culturales,  
de aventuras, femeninos, etc.**

**100 TEMAS APASIONANTES  
en los 100 TITULOS PUBLICADOS**

magníficamente encuader-  
nados con sobrecubiertas

esmaltadas  
**A TODO COLOR**

**250 ILUSTRACIONES**

Precio: 30 ptas.

**UN LIBRO ES EL MEJOR DE LOS AMIGOS,  
Y UN LIBRO DE COLECCION HISTORIAS  
ES EL MEJOR DE LOS LIBROS**



Es una creación de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

*\* para la juventud*

*Vio con horror cómo unos forajidos asaltaban el hotel de su padre, llevándose la bonita cantidad de 3.000 dólares, pero no tuvo valor para mover ni un dedo. Era algo muy extraño, lo que le sucedía a Mario, y por eso en el pueblo le sacaron el mote de...*



## **AGUA EN LAS VENAS**

Así ha titulado a uno de sus más afortunados relatos, el autor de renombre internacional

**RUDY LINBALE**

quien ha conseguido mantener una intriga sin precedentes, hasta la última página

¡Le creían un cobarde, por eso nadie asoció a Mario con la reciente aparición de un solitario jinete enmascarado, que asaltaba a los forajidos rescatando lo robado y devolviéndolo a sus dueños!

## **AGUA EN LAS VENAS**

Una novela de calidad insuperable que pasará a enriquecer su biblioteca

**COLECCION BISONTE EXTRA**

la presenta en su número de esta semana

¡No pierda la ocasión de leerla!

Precio de venta: 6 ptas.

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva (antes Proyecto), 2 - BARCELONA

**CUALQUIER MOMENTO**

**ES BUENO...**



**PARA LEER...**

**El DDT**

**„la publicación  
más divertida de  
todos los tiempos**

**solo cuesta 250 PTS.**

# ★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



*Analía Gade  
y Rubén Rojo*

N.º 1091

Estos dos actores forman la pareja protagonista de la película española, rodada enteramente en Barcelona, "La frontera del miedo"



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain